

Considerando el poliédrico carácter de los diversos loa, hablar del vudú como religión monoteísta podría parecer muy arriesgado. No obstante, en todos los pueblos de la costa occidental africana que dieron origen al vudú fundiendo sus creencias en una religión única, encontramos en los inicios el mismo concepto de un Dios único, poderoso y, salvo raras excepciones, creador del universo y de los hombres.

Éste es un Dios que participó en la vida del pueblo en un tiempo remoto, y que después de los incidentes provocados por los hombres se alejó de éstos, pues a diferencia del tan terrible como justo y vengativo Dios bíblico, el Dios africano no castigó al hombre culpable del pecado original expulsándolo del paraíso terrestre, sino que, ofendido, asumió un comportamiento de sublime distanciamiento.

Las leyendas, a pesar de variar de unas tribus a otras, evidencian este alejamiento. Están cargadas de este conflicto entre lo que está arriba y lo que está abajo, de esta exigencia de distanciar el cielo y la tierra, que es casi una necesidad de separar a Dios de los hombres para que pueda establecerse entre el Creador y sus criaturas un diálogo basado en el pensamiento, como si un Dios demasiado cercano a los hombres y a la vida humana estuviera limitado. Este espacio que separa a Dios del hombre está ocupado por la presencia de los loa.

Como hemos visto, a semejanza de los ángeles o de los demonios, el loa es un ser de naturaleza puramente espiritual. Como los santos, también el hombre puede llegar a loa aunque no tanto por unas específicas cualidades morales, sino como héroe, arquetipo o por los méritos de un antepasado. Sin embargo, lo que caracteriza al loa es su facultad de poder modificar las leyes de la naturaleza y de intervenir directamente en las experiencias de los hombres.

Si el santo interviene ante Dios para obtener un milagro o una gracia, el loa tiene el poder de hacerlo directamente. Si en la religión católica el santo y el ángel hacen siempre el bien y el demonio el mal, en el vudú el loa no es ni bueno ni malo. Muy parecido a una divinidad griega o romana, a su naturaleza divina se contraponen un

divinidades acuáticas. El agua, desde siempre símbolo de vida, está en íntima conexión con el mito del sentimiento más universal, que es el amor.

Si Afrodita nos deja perplejos frente a ciertas incoherencias y debilidades, Erzulie no se queda atrás. Homero no duda en presentarnos a la diosa griega en episodios que ponen en evidencia un carácter débil, o sumida en aventuras casi boccaccianas capaces de provocar la risa de los mismos dioses y tal vez también de los hombres, subrayando al mismo tiempo el poder y la fuerza que puede ejercer sobre unos y otros.

Ligera, débil, adúltera, con el encanto de su sonrisa y de sus lágrimas, Erzulie triunfa igualmente como divinidad en la que son proyectados los ideales femeninos, donde valores y defectos parecen amalgamarse admirablemente en un extraño arquetipo que recibe el nombre de «atractivo».

La Mami-Wata del vudú es la típica sirena. Como en Ulises, todo hombre es engañado por la pérfida y sutil seducción de Mami-Wata, que también se representa en su aspecto exterior como la sirena mítica, con el busto de mujer seductora y la parte inferior del cuerpo con forma de pez.

Otro ejemplo significativo lo ofrece el loa Hogou, dios herrero y dios de la guerra, que parece asumir las prerrogativas de Vulcano y del emprendedor y belicoso Marte.

Las músicas frenéticas y embriagadoras, las danzas desenfrenadas que culminan en una exaltación colectiva, llegando, a través de la liberación de los vínculos materiales, a desencadenar fenómenos de posesión, típicos en las ceremonias en honor de los loa Guedé, recuerdan de manera un poco vistosa los cultos dedicados a Dioniso y los ritos en los que participaban las bacantes y las ménades. Pero la atmósfera del Olimpo, en un sentido amplio, la encontramos en la interpretación y en el modo de sentir y de representar el espíritu del panteón vudú. Los loa, como los dioses de Homero, parecen más seres humanos que entidades espirituales.

Poderosos, vanidosos, irascibles, vengadores, indulgentes, susceptibles, pero siempre atentos y partícipes en los acontecimientos

ser vista como madre. Ésta fue, tal vez, la primera similitud que hermanó a las dos figuras. No obstante, enseguida perdió Erzulie este significado secundario y asumió completamente el de divinidad del amor y musa de la belleza femenina.

No obstante, Erzulie es infeliz, su corazón traspasado indica precisamente el constante dolor de mujer insatisfecha y sola. Casi por una trágica burla, la diosa que suscita el entusiasmo y el deseo de todos los dioses del panteón vudú, la bella por excelencia, amada más que cualquier otra, no logra realizarse en el amor, pues siempre se siente traicionada y nunca suficientemente amada. Tal vez el africano ha proyectado en Erzulie un particular concepto del amor, considerando este sentimiento como casi imposible de alcanzar en su totalidad, interpretándolo como el anhelo de una meta inalcanzable por completo, y por lo tanto no es fuente de alegría, sino de tormento y de dolor.

Hogou y Agau se han peleado por Erzulie, y el mismo Hogou, el loa de las artes marciales, ha sido derrotado y herido por el loa del mar, casi para confirmar que el amor hace débiles hasta a los más fuertes; en el dolor y en los lamentos del dios abatido tal vez se encuentra la angustia eterna de todo hombre vencido, derrotado en la vana aspiración del amor. Pero tampoco este episodio, como otros miles de experiencias tumultuosas, no cura la herida del corazón de Erzulie, que continua siendo la diosa que llora por el inalcanzable sueño de amor, trágicamente sola, perdida y frágil en su afanosa e insatisfecha búsqueda.

Este aspecto humano nos hace tolerantes e indulgentes con respecto a la caprichosa Erzulie, entendida como divinidad de la belleza, en quien se resumen y exageran todos los tópicos femeninos, incluidos la coquetería, la vanidad y la frivolidad.

Como venus negra, exaltada en el esplendor del atractivo, de la seducción y de la gracia, ricamente vestida y enjoyada, acoge y reúne los sueños prohibidos de lujo y riqueza del esclavo negro, despreciado y miserable. La *Mater dolorosa*, en cambio, es considerada en el aspecto triunfante de la Virgen que, bella y radiante, destaca en el papel de Reina de los Cielos.

espada, se fundió con la imagen de Hogou, el dios del fulgor, herrero y guerrero, y por extensión también dios del poder político.

La demostración de que no es la personalidad del santo lo que lo identifica con el loa, sino el detalle representado en particular, se puede percibir en la identificación de la figura de Damballah con san Patricio. En la iconografía, san Patricio se representa rodeado de serpientes, pues se le atribuye el milagro de haber conseguido expulsar de Irlanda a los abundantes reptiles. Para el negro de la costa de Guinea, la serpiente era el símbolo del dios Dan (Damballah para los haitianos), de donde deriva el nombre Dahomey (Danho-me), que significa «en el vientre de Dan», es decir, de la serpiente sagrada.

Como se puede observar, el elemento que ha mediado en la identificación entre el santo y el loa es la serpiente, presente en ambas figuras aunque con simbolismo netamente opuesto. Para los cristianos, los reptiles no eran otra cosa que la imagen reproducida de un período y de un mal conjurado por intercesión del santo venerado. Los seguidores del vudú, por el contrario, vieron en las serpientes el objeto de su devoción: la boa sagrada que elevándose hacia la bóveda celeste se transformaba en arco iris, la serpiente del cielo.

Equívocos de este tipo han dado origen al sincretismo que muchos han interpretado como una superposición, casi como una «victoria» del santo sobre el loa. Al contrario, aunque es innegable que muchos elementos católicos, como por ejemplo plegarias o símbolos, han entrado en el rito vudú, esta integración es más aparente que real, más formal que sustancial, y a menudo aquella expresión litúrgica mal entendida y mal interpretada ha sido absorbida no para sustituir, sino para reforzar y enriquecer el antiguo culto negro particularmente predispuesto a dilatar su ceremonial.

El corazón herido de Erzulie

Una de las identificaciones más interesantes que confirman este sincretismo es la figura del loa del amor Erzulie, que se reconoce en la iconografía de la Virgen.

bían situado en Abomey, la capital del poderoso reino, su punto de referencia religioso.

Por otra parte, la fusión e integración de varias teogonías y creencias es un fenómeno recurrente en muchas civilizaciones; basta con recordar que Roma, una vez derrotada Grecia y absorbida su civilización, se vio implicada también en la esfera religiosa, asumiendo cultos, ritos y deidades hasta llegar a identificar con algunas de éstas a muchos de sus propios dioses ya existentes.

El Nuevo Mundo también impuso a sus esclavos la nueva religión. El artículo 2 del Código Negro (10 de marzo de 1685), inspirado en el reglamento de policía promulgado en 1664 por el lugarteniente general del rey en las islas francesas de América, M. de Tracy, obligaba a los propietarios a bautizar a sus esclavos, como se deduce del texto de dicho artículo, que se expresa en estos términos:

«Todos los esclavos de nuestras islas serán bautizados e instruidos en la religión católica, apostólica y romana. Se ordena a los habitantes que compren negros llegados recientemente, que adviertan en un plazo máximo de ocho días a los gobernantes e intendentes de las islas mencionadas, bajo pena de multa arbitraria, y éstos darán las órdenes necesarias para que sean instruidos y bautizados en un plazo de tiempo conveniente.»

Esta disposición legal, con el pretexto de civilizar y cristianizar a los pueblos bárbaros y paganos, proporcionaba una coartada y aligeraba las responsabilidades morales de un comercio reprobable, que por otra parte ya era oficial y estaba sancionado por los famosos decretos de 1511, 1512 y 1513 de Carlos V, el cual no sólo autorizó la trata de negros, sino que concedió a La Bresa, mercader negrero de Flandes, el monopolio de dicho tráfico para Haití, Cuba, Jamaica y Puerto Rico.

Sin embargo, el espíritu del Evangelio, impregnado de un mensaje de amor y fraternidad, no se adaptaba al ordenamiento social del Nuevo Mundo. Los colonos, sin transgredir las imposiciones civiles y religiosas, proporcionaron a los esclavos una información

en el sagrado lenguaje guinin, idioma que probablemente deriva de dialectos africanos, y del fon en particular.

El criollo y el francés se usarán casi en la totalidad de las invocaciones, e incluso el loa que desee expresarse por boca del sacerdote usará, según los casos, una de las dos lenguas, teniendo siempre presente el ambiente y la extracción social de la mayoría de los participantes.

El esposo o la esposa divinos participarán y se manifestarán concretamente durante la ceremonia «cabalgando» a un fiel, es decir, a través de la posesión. Al término del trance el poseído no recordará nada de cuanto haya ocurrido, recuperará su verdadera identidad, retornando al abundante grupo de invitados. Una vez terminada la ceremonia, el esposo se retirará a su estancia, solo, con la mística presencia del dios.

Además del aspecto religioso que refuerza los vínculos con el loa, convertido en protector y custodio, el matrimonio vudú puede también satisfacer cierta ambición de carácter muy personal y práctico. Estar casados, haber sido escogidos por un dios, representa un honor que no se puede infravalorar y que resulta útil para alcanzar objetivos de carácter social; en este caso, la unión sería un verdadero y auténtico pacto. Pacto que también puede asumir un aspecto mágico si se tiene en cuenta que a ciertas renunciadas, ofrendas y sacrificios deben corresponder favores especiales a los que ni siquiera puede renunciar un dios una vez comprometido y vinculado por el rito.

Aspecto religioso, aspecto mágico y aspecto social, tres componentes de las aspiraciones del alma humana difícilmente indagables y aislables que todavía hoy en Haití expresan, a través del folclore de ceremonias coloristas, la complejidad del hombre.

entre los cónyuges terrenos, y si las posibilidades económicas lo permiten, se dispondrá incluso de una habitación ritual donde, en un tálamo simbólico, se alimentará de vez en cuando la relación entre el ser humano y la divinidad con la que se está unido.

Legalización del rito

El compromiso y la importancia que esta ceremonia alcanza en la mentalidad de los fieles es tal, que está sancionada con documentos públicos y oficiales como el siguiente, tomado de una obra de Metraux, mediante el cual se certifica y legaliza el matrimonio místico entre una joven haitiana y el loa Damballah.

«Libertad, Igualdad, Fraternidad

»República de Haití, 5.847. Año 1949, el día sexto del mes de enero, a las tres del mediodía. Yo, Jean Jumeau, por el estado civil de Puerto Príncipe, certifico que los ciudadanos Damballah y la señorita Andremise Cétoute están presentes para ser unidos por los vínculos indisolubles del sacramento del matrimonio. Considerando que la señorita Cétoute debe consagrar el martes y el jueves a su marido Damballah, sin mancharse de ninguna culpa, el deber del señor Damballah es cubrir a su esposa Cétoute de mucha fortuna para que ésta no sufra nunca ni un sólo día sin dinero. El señor Damballah debe ofrecer a su esposa toda la protección necesaria según las condiciones del contrato. Con el trabajo se forma la propiedad humana y espiritual. En ejecución del artículo 15.1 del Código de Haití. Han respondido afirmativamente en presencia de testigos cualificados y nombrados. (Siguen las firmas.)

»Los testigos asumen la profunda responsabilidad y responden afirmativamente con un sí.

»El presente acto deroga todas las leyes o disposiciones de leyes que le son contrarias. A la pregunta de si consentían tomarse como esposos, han respondido separadamente y afirmativamente en presencia de testigos cualificados y nombrados a continuación, testigos escogidos y conducidos por el compareciente y han firmado el oficial...

Estos versos, atribuidos al profeta Oseas, no son un canto entre dos enamorados, sino que expresan la relación entre Dios y la nación hebrea. En la Biblia, los fragmentos que representan la relación entre Jahvé y su pueblo bajo el velo de la alegoría nupcial son bastante frecuentes. Isaías, Jeremías y Ezequiel ofrecen amplios ejemplos, sin citar el muy discutido Cantar de los cantares, en el que la relación con Dios se celebra en términos tan humanos que podría ser considerado como una composición erótica. En el Deuteronomio (31, 12-30) se define como «adulterio» el pecado de idolatría, y en la vida de varios santos cristianos se encuentran expresiones en las que Cristo es llamado «esposo» para indicar el concepto de unión espiritual entre el hombre y la divinidad. Esta idea la encontramos en la mitología griega y romana, aunque el vínculo se entiende de manera muy concreta como para dar lugar a una auténtica relación.

Rómulo y Remo habrían sido concebidos de la relación entre el dios Marte y la vestal Rea Silvia. Del amor de la diosa Tetis por el mortal Peleo habría nacido Aquiles. Júpiter, según la mitología, no habría dudado en metamorfosearse para unirse de manera total con las mujeres que deseaba.

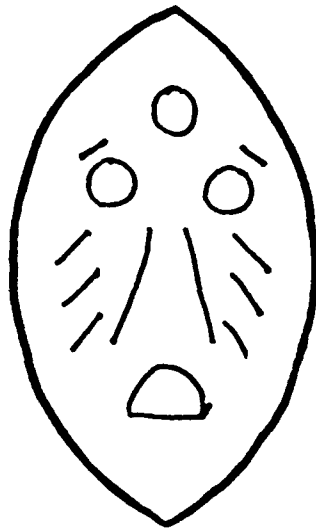
Las ménades, en sus ceremonias orgiásticas creían poseer al mismo dios Dioniso, favoreciendo la fertilidad de las cosechas. En Babilonia, el rey celebraba cada año un matrimonio sagrado con la diosa Ishtar uniéndose materialmente con una sacerdotisa como símbolo de fecundidad y prosperidad, concepto sobre el que se basaba la sagrada prostitución que encontramos en todo Oriente y en el mismo Egipto de los grandes faraones. Según este concepto, la sexualidad, como componente del rito, servía para estimular la naturaleza a través de un proceso de magia analógica, implicando a la misma divinidad en una íntima relación con lo humano y planteando una ósmosis inseparable entre magia y religión.

También en la religión vudú existe un «matrimonio místico» entre el mortal y el loa, matrimonio que en su concepción se sitúa entre la sublimación del espíritu cristiano y la carnalidad de una relación íntima entendida de manera propiciatoria.

ha formado, se oye su débil vocecita murmurar: «Mamá... tengo hambre...».

Se cumplió la acción mágica. El signo exaltante de la benevolencia de los loa, gratificados por el sacrificio ofrecido y por la devoción, que se ha manifestado con la mediación de la iniciática sabiduría del hungan. Una vez más la figura carismática de éste se revela y se impone.

Ha sido el hungan quien, con sus misteriosos conocimientos de los entresijos de lo oculto, ha hecho vivir a la gente de su pueblo otra maravillosa experiencia en una turbadora aventura mágica.



Máscara ritual

miso, más que plegarias parecían órdenes; luego se arrodilló junto a la paciente, ejecutando con las manos una especie de pases magnéticos a lo largo del cuerpo desnudo, acompañados de leves presiones.

Después de pocos minutos, le hizo una señal para que se levantara y la despidió, añadiendo algunas instrucciones que dejaron aún más pasmada a la señora, desilusionada por la extrema simplicidad del rito.

Una vez en casa, debía esperar el último cuarto de luna creciente, y durante toda su duración, hasta el plenilunio, salir al exterior apenas apareciese la luna, y con los brazos en alto, con las palmas hacia el cielo, debía concentrarse intensamente en el pensamiento de la misma vidente. La señora, aunque poco convencida, se resignó durante todo el período al cumplimiento de la «terapia», que en la práctica asumía cierto carácter espectacular no carente de tonos incluso cómicos, y que nunca dejaba de despertar ironía en su marido. Entre las silenciosas sombras del parque, cubierta por la blanca luz del resplandor nocturno, con los brazos extendidos como si quisiera recoger en un abrazo los blancos rayos, cada noche a la misma hora salía para sumergirse en aquel simbólico y sugestivo «baño de luna».

Poco a poco, ante los ojos incrédulos de la señora y de sus familiares y amigos, que a duras penas lograban aceptar aquella realidad, noche tras noche, los eczemas empezaron a blanquear hasta desaparecer definitivamente en la breve duración de una fase lunar. Las manos recuperaron su blancura y su aspecto suave, y los famosos guantes blancos fueron abandonados y olvidados en un cajón.

A la alegría de la curación, en el ánimo de la señora se unió la desconcertante sensación y el estupor de haber vivido un acontecimiento increíble.

Los médicos no supieron dar una explicación convincente. Hubo quien habló de psicomatismo, de regresión espontánea de la enfermedad, pero aquella curación siguió siendo para todos un misterio no resuelto.

ningún resultado apreciable, a pesar de que incluso había vuelto a Italia para intentar otros remedios. De tal modo que se vio obligada, por una comprensible cuestión estética e higiénica, a llevar constantemente unos largos guantes blancos de algodón.

Su molestia se agravaba con el clima cálido y húmedo, lo cual hacía más intolerable la situación. En diversas ocasiones, su criado indígena le había hablado de los excepcionales prodigios de que era capaz una vieja mambo, para intentar convencerla de que probara la experiencia.

Pero la señora en cuestión nunca había prestado atención a los relatos sobre hechos asombrosos que le habían narrado, en parte porque era escéptica, en parte porque los relatos coloristas y maravillosos convertían las historias de su criado en fantásticos cuentos, donde era extremadamente difícil distinguir la frontera entre la pura imaginación y una posible realidad, que a pesar de todo se percibía, aunque deformada por mil adornos. No obstante, dado el fracaso de la medicina oficial, exasperada al sentirse «la mujer de los eternos guantes blancos», decidió acudir a la vieja indígena, y aprovechando un viaje del marido hacia el interior del país, lo convenció para que la acompañara a aquella lejana localidad perdida donde vivía la mambo de extraños poderes.

Al final de la tarde de una bochornosa jornada, sudorosos y llenos de polvo, con los riñones doloridos por las continuas sacudidas a que era sometida la «campesina», que más que correr parecía que saltaba por la accidentada pista, divisaron el pueblo que se les había indicado: dos o tres construcciones de ladrillo y un puñado de cabañas, de donde salían tortuosos senderos que se perdían en la naturaleza circundante. Una vez se detuvo, el coche se vio en pocos segundos rodeado por una multitud de personas de todas las edades, que no se sabe cómo podían alojarse en aquellos pocos habitáculos.

Conociendo el nombre de la mambo, la señora preguntó si alguien sabía dónde vivía. Todos aquellos rostros adoptaron casi al unísono la misma expresión, una sonrisa entre irónica y estupefacta, la típica reacción muda que uno provoca cuando intenta penetrar en ese

vilizaciones definidas como primitivas han conservado sorprendentes conocimientos sobre los efectos que pueden provocar en el cuerpo humano hierbas o extrañas mezclas.

Estos conocimientos, fruto de antiguas experiencias transmitidas oralmente y mantenidas celosamente en secreto por los iniciados, son tal vez la última herencia que ha dejado el hombre de los orígenes, es decir, la capacidad instintiva de encontrar por intuición y en la naturaleza las sustancias que tienen la facultad de influir positivamente en el organismo humano reestableciendo su equilibrio fisiológico.

En la figura del hungan y de la mambo (sacerdote y sacerdotisa vudú) no sólo convergen los extraños poderes del curandero, sino también los conocimientos del *medicin feuilles*, término que en Haití se refiere a un personaje entre el herbolario y el médico empírico, pues los remedios que propone son a base de hojas, raíces, bayas, polvos de origen mineral o animal, manipulados de manera variada, pero siempre remedios naturales reservados a cierto tipo de enfermedades.

Como curanderos, al igual que en Occidente, intervienen imponiendo las manos, pero también pueden recurrir a fórmulas mágicas, a músicas y a particulares gestos rituales que parecerían dar valor a la tesis sostenida por algunos estudiosos según la cual ciertos sonidos y estímulos serían capaces de desencadenar en el organismo, a través de vías psíquicas, reacciones fisiológicas de tal importancia que provocarían la curación.

No obstante, antes de intervenir, el sacerdote deberá establecer, mediante sus facultades adivinatorias, la naturaleza del mal y por quién o por qué es provocado, con el fin de poder intervenir a continuación con los poderes más adecuados para el caso.

Según el vudú, las enfermedades pueden ser de dos tipos: físicas o sobrenaturales.

Se define como enfermedad física la enfermedad que envía el buen Dios, es decir, el Ser Superior sentido como fuerza vaga e impersonal que podría corresponder a nuestros conceptos de «fatalidad» o «naturaleza». Contra este tipo de enfermedad las facultades

Los dos investigadores han encontrado y entrevistado a algunas víctimas de un macabro sortilegio que los habría hecho zombis por varios años, y que tras unos cuidados particulares han recuperado, aunque de manera parcial, su personalidad consciente. Entre éstos hay un tal Clerveus Narcisse, enterrado en 1962, con un certificado de muerte redactado por dos médicos, que habrían constatado el fallecimiento.

Clerveus Narcisse, tras veinte años de duro trabajo a merced del boco que había provocado su «muerte» y su «renacimiento», al ser reconocido casualmente por un pariente, ha sido sometido a tratamientos cuyo éxito ha sido superior a cuanto hasta ahora se creía posible. Éste no sólo ha reemprendido una vida normal, sino que está recuperando lentamente el recuerdo de los trágicos y lejanos hechos de que ha sido protagonista durante largos años, cuando en poder del brujo era un muerto viviente.

El fenómeno del zombi nos propone uno de los aspectos más trágicos y turbadores a los que puede llegar la perversión humana cuando están en juego intereses, fantasmas, rencores, sed de poder y ambiciones, en ambientes donde el individuo puede recurrir, para ejercitar sus venganzas y revanchas, a siniestras facultades en las que confluyen la magia y un sutil conocimiento de las drogas.

Aunque al considerar el vudú como una religión se ha sostenido a menudo que sus prácticas sólo tienen un valor de ritual benéfico, queda la inquietante e inextricable pregunta de si se pueden distinguir figuras que bajo nombres y atribuciones diversos operan con intenciones y fines opuestos, sirviéndose no obstante de los mismos conocimientos.

carretera del interior de la isla, tuvo que pararse en un pueblecito a causa de un pinchazo. Cuando no había hecho más que salir del coche y se preparaba para cambiar la rueda, se le acercó un viejo negro que le dijo que era un bocor y, además, que había sido él quien con un sortilegio había provocado el accidente que le había obligado a detenerse. El automovilista no daba crédito a las palabras del viejo; entonces, éste insistió y le dijo que le mostraría a un viejo amigo al que seguramente nunca hubiera creído que volvería a ver, y que ése era precisamente el motivo por el cual, con sus artes mágicas, había suscitado el truco que le había detenido en su camino. Lo invitó a su habitación a tomar un café, y el hombre aceptó. Una vez acomodados en la casa empezaron a conversar, mientras el viejo bocor le ofrecía algo para beber y preparaba el café. En el transcurso del diálogo, el bocor preguntó a su huésped si había conocido a un tal Célestin que había muerto unos seis meses antes. El interpelado dijo que sí, que lo conocía y habían sido grandes amigos.

El viejo negro, con una extraña expresión entre satisfecha y divertida, tomó un látigo y lo hizo chasquear seis veces. Apenas se hubo apagado el eco del último chasquido, se abrió una puerta y apareció ante el espantado huésped una figura de hombre, macilenta y alucinada, en la que reconoció sin sombra de duda a su viejo amigo. El pobre ser avanzaba con paso inseguro, con los ojos fijos en el vacío, y no dio muestras de reconocerlo. Con un gesto impulsivo, por la emoción de volver a ver a un viejo amigo que consideraba desaparecido, el hombre le ofreció un vaso, pero el brujo lo detuvo con un gesto brusco diciéndole: «Es muy peligroso ofrecer algo a un muerto». A una orden del viejo, el zombi regresó a su alojamiento, y aquel explicó luego que Célestin había sido transformado en zombi por otro bocor, a quien él lo había comprado poco después por doce dólares.

William Seabrock explica que durante sus estudios e investigaciones, siempre en Haití, trató con tres zombis en una plantación alejada del centro habitado, mientras trabajaban.

«Lo más impresionante», narra el escritor, «eran sus ojos. No era fruto de mi imaginación. Parecían los ojos de un muerto... Fijos y

car de una lejana plantación en el interior de la isla, propiedad de una compañía azucarera americana.

Joseph pensó que era una ocasión óptima para aprovechar el trabajo de sus zombis. Aceptó el encargo y se presentó con su macabro equipo, haciéndolo pasar por un grupo de campesinos que había recogido y que había tomado a sus órdenes. Sabía que los contratistas no serían muy estrictos, y que no examinarían al personal, pues se limitarían a tratar con él los términos del contrato. Además, el hecho de ser enviados a una plantación alejada y aislada, en el interior, favorecería aún más su empresa. Y así fue. Joseph se trasladó a la plantación con su mujer, que se alternaba con él en los turnos de vigilancia del trabajo, el cual era realizado con celeridad por los desgraciados autómatas que trabajaban bajo el látigo de sus cómitres, que se embolsaban el dinero de las pagas.

El día de Pentecostés, Joseph se tomó un día de vacaciones y bajó a la ciudad de Puerto Príncipe para disfrutar de su jornada de fiesta, dejando a la mujer vigilando a la pobre chusma, que aquel día también disfrutaba de un poco de descanso.

La mujer, al quedarse sola y sintiendo en un rincón de su alma una brizna de piedad, tal vez por la fiesta religiosa, tuvo deseos de distraerse un poco y decidió dirigirse también a la ciudad, llevándose con ella a las desventuradas criaturas.

Al llegar con su grupo a la plaza del mercado, compró en un lance de generosidad unos guirlaches y los distribuyó entre los pobrecitos. Pero al comprarlos no se dio cuenta de que no se trataba de dulces hechos con azúcar, sino de confituras saladas.

El efecto del incauto gesto de la mujer fue inmediato. Apenas los zombis hubieron tragado mecánicamente los guirlaches, parecieron tomar consciencia de sí repentinamente. Empezaron a agitarse, a gritar profiriendo insultos y lamentos, dispersándose y corriendo de manera torpe y frenética hacia el interior de la isla hasta llegar al pueblo de sus orígenes donde habían sido sepultados. Cuando sus parientes los vieron, al reconocerlos, entre estupor, terror y alegría gritaban que era un milagro, pero no pudieron expresar sus efusiones pues aquéllos, sin mirar ni ver a nadie corrieron al pequeño

brujos africanos que, mediante sustancias narcotizantes que mantienen en celoso secreto, consiguen inducir a una persona en un estado de profunda catalepsia.

Este estado, muy parecido a una muerte real, puede prolongarse durante algunos días antes de desembocar en un verdadero fallecimiento o también puede ser interrumpido con un antídoto, asimismo secreto. No obstante, a pesar de que la tradición popular incluye este fenómeno en el espacio sin fronteras de la magia, se diferencia notablemente de la imagen haitiana del zombi que, aunque de manera marginal y deteriorada, se encuentra siempre en el área de la religión vudú.

Alrededor de la figura del zombi, este ser esclavo de otra psique, se han tejido miles de relatos dilatados y agigantados por la fantasía y el miedo; pero no falta el testimonio de otros episodios que presentan el fenómeno como existente y real.

Varios sacerdotes cristianos afirman haber visto cómo morían ciertas personas, se les hacía un funeral en toda regla, sus cadáveres eran encerrados en el ataúd y luego se les daba sepultura, y que después de algún tiempo habían vuelto a ver a esas mismas personas trabajando en los campos y en las plantaciones. Coincidían en que eran individuos completamente transformados: se movían con inseguridad, su mirada era fija y sin expresión, sordos a cualquier reclamo, no reconocían a nadie y parecía que ni siquiera oían las palabras de quien se les dirigía.

Episodios terroríficos

Uno de los episodios más conocidos es el descrito por la escritora americana Zora Hurston. Ésta tuvo ocasión, durante una estancia en Haití, de acercarse a un zombi e incluso de fotografiarlo, además de reconstruir su historia.

Respondía al nombre de Felicia Félix Mentor, era una mujer joven que murió repentinamente en el año 1907 a causa de una misteriosa enfermedad. Casi treinta años después, en 1936, se encontró una extraña criatura en los alrededores de la granja del hermano de

de la voz, que se atribuye típicamente a los Guedé, esparce terror y pánico con sólo verlo. Pero también el zombi tiene un tendón de Aquiles: nunca debe tomar alimentos que contengan sal; si esto ocurre, se dará cuenta de su suerte, desatará su violencia contra el artífice del maleficio y se dirigirá hacia la tumba de la que ha salido para volver a ser un cadáver en putrefacción.

Vivos pero sin vida, muertos pero sin muerte

El riesgo de ser transformado en zombi se convierte en un gran problema que hace que la muerte sea un poco complicada en Haití... Pero la piedad de los parientes puede impedir que el querido difunto corra riesgos. Por ejemplo, un cuchillo colocado en el ataúd le dará la posibilidad de defenderse cuando por la noche el brujo intente despertarlo del sueño de la muerte llamándolo por su nombre. Otro recurso es impedir que el muerto responda a la llamada que lo devolvería a la vida, en este caso se le cose la boca en el momento de la inhumación. El brujo, al no obtener respuesta, se verá obligado a marcharse.

Este siniestro sortilegio también podrá impedirse desviando la atención de los loa de la muerte que son convocados a presidir el rito. Por eso en el ataúd de los difuntos a veces hay granos de maíz u otras semillas esparcidas, y no son otra cosa que un objeto de distracción para las entidades, que ocupadas en contarlos perderán el tiempo sin darse cuenta de que al pasar las horas útiles a su disposición perderán también la última ocasión para efectuar la macabra operación mágica.

Generalmente, el hombre elegido para ser transformado en zombi es víctima inconsciente de oscuros intereses o de feroces venganzas, pero a veces puede constituir también el tributo exigido por los loa. Ya que no se concede nada por nada, la ofrenda del alma de un ser vivo es, sin lugar a dudas, la máxima compensación que el brujo puede dar a las divinidades del oscuro mundo de los muertos y de los territorios infernales, que una vez gratificadas se dignan a acoger las demandas que se les dirigen.

Como trágico testimonio de la antigua masacre, estas entidades pertenecen al campo de la muerte y lo presiden, pero actualmente también son consideradas señores de la sexualidad y por lo tanto de la vida, entendida como un continuo proceso de renacimiento generado por la misma putrefacción. En una hagiografía e iconografía particularmente desconcertantes, su lúgubre aspecto es acentuado por el vestuario que los representa y distingue: trajes negros, cruces, gafas oscuras, sombreros de copa e instrumentos propios de sepulturero, en grotesca contraposición con los largos cigarros que fuman constantemente mientras exhiben un lenguaje lascivo, hilo conductor de su desenfadado erotismo.

Estos caracteres se evidencian en los fenómenos de posesión, donde el poseído por los loa Guedé se entrega a bailes, cantos y gestos más allá de los límites de la decencia y de un humorismo pesado, en el intento de disipar la tristeza de la muerte. Muerte representada por ellos y sobre la que al mismo tiempo triunfan, dando lugar a una extraña analogía con los ritos dionisiacos, donde las orgías de carácter sexual tenían una estrecha relación con la fertilidad y la vida.

En la tradición del vudú de las Antillas, Baron Samedi, espectral con su sombrero negro, sarcástico y cínico príncipe de los Guedé, es considerado responsable de los sortilegios más variados. El brujo que haya hecho pactos con él podrá curar o transformar al hombre en animal o incluso operar la magia más pérfida y sutil, cuyo fruto se conoce con el nombre de zombi.

Despertar sin alma

El artículo 246 del viejo Código Penal de Haití dice: «El uso de sustancias que sin causar la muerte puedan provocar un estado de coma letárgico más o menos prolongado en las personas, será considerado intento de asesinato mediante envenenamiento. Sea cual sea el modo en que dichas sustancias sean suministradas y sus consecuencias, si tras dicho estado cataléptico la persona es inhumada, el comportamiento será calificado de homicidio, sea cual sea el resultado.»

a despegarse definitivamente del cuerpo físico; pero el floreciente y lucroso tráfico aumenta su audacia impulsándolos incluso hacia lugares menos sospechosos.

De este cuadro resulta claro que la situación de los Grandes Ángeles Buenos es poco alegre. Atacados constantemente por brujos y captadores, empujados por objetivos ilícitos y turbios si no criminales, constituyen una presa altamente deseada y son al mismo tiempo un grave problema para el cuerpo físico al que son confiados.

El pot de tête

Para neutralizar este estado de cosas algunos recurren al único remedio que existe, que es costoso pero eficaz: se hace extraer por la mambo o el hungan su Ángel Bueno, que será encerrado en un tiesto o en una botella llamada *pot de tête*, y custodiado durante toda la vida con seguridad, lejos de miradas indiscretas y peligrosas.

Este rito especial lo ejecutan obligatoriamente aquellos que desean ser iniciados. Desde los primeros estadios, el sacerdote se preocupará de mantener seguro al neófito con una ceremonia apta para ratificar no sólo la inmunidad a los sortilegios, sino el control constante que él, como custodio del pot de tête, tendrá sobre el iniciado, del cual tomará un mechón de cabellos, algunos pelos de las axilas y del pubis y fragmentos de uñas. Al asociar los cabellos a la mente, el vello de las axilas a la fuerza muscular, el del pubis al instinto sexual y las uñas a la defensa, se puede establecer una relación con los principales impulsos vitales del hombre dados por el pensamiento, la acción, la procreación y la conservación de la especie, elementos que se podrían representar en una simbólica materialización del Gran Ángel Bueno.

En el trágico caso de que el pot de tête llegue a manos de un brujo sin escrúpulos, se convertirá en «alma zombi» o baka, término usado en Haití para definir a los espíritus que tras ser capturados son obligados a obedecer al nuevo propietario o amo después de un ritual mágico.

den en la parte sutil de cada ser, la Sombra Clara —una de las cuatro almas— es sin duda alguna la más expuesta y está predispuesta a ser presa de sortilegios, en cuanto que puede ser fácilmente capturada y retenida.

Según la tradición mágica africana, basta con coger un puñado de arena sobre la que se proyecte la sombra de una persona o clavar una lanza en la misma sombra para actuar incluso sobre el cuerpo material o psíquico de la persona misma. En efecto, precisamente en la sombra, o mejor en sus contornos difuminados, se materializa y se hace visible este principio vital, que se halla prácticamente sin defensas frente a fuerzas psíquicas o poderes particulares.

Cuando el malvado brujo se pone manos a la obra para ensañarse con particular eficacia sobre alguien, en primer lugar intentará apoderarse de su Sombra Clara, siguiéndolo incluso durante horas. Emulando el paso silencioso de la pantera —cauta y prudente como una serpiente— por los espesos senderos de la sabana y los solitarios y polvorientos caminos, escondiéndose a los ojos indiscretos esperará la situación favorable, la que lo hará acercarse a la sombra de la víctima escogida, pero bien escondido o protegido por la vegetación del lugar. En este momento, intentará arrancar con extrema rapidez de la tierra un puñado de polvo, en el que irá también el alma del malaventurado.

El vudú haitiano, simplificando un poco las cosas, considera que el hombre tiene dos *esprit* o *nam*, es decir, dos principios vitales: el Gran Ángel Bueno y el Pequeño Ángel Bueno.

El Pequeño Ángel Bueno no se aleja nunca del cuerpo al que ha sido confiado, sólo se separará de él nueve días después de su muerte para alcanzar a Dios, ante el cual se presentará con el equipaje de las acciones buenas y malas realizadas en la tierra.

Es un poco como la conciencia del hombre, incapaz de mentir ni siquiera durante su paso por la tierra. Puede ser interpelado mediante ciertos ritos por sacerdotes, que considerarán las eventuales respuestas solicitadas como prueba indiscutible de verdad. El estado físico de la persona depende potencialmente de este ángel, a pesar de que los peligros y los riesgos que corre el Gran Ángel Bueno ha-

Existe una observancia estricta en lo referente a los trajes, que los parientes más próximos deben seguir para manifestar el luto, y que se confeccionan expresamente.

Este aspecto se encuentra también en Haití, donde los gastos que representan estas circunstancias son tales, que los familiares del desaparecido se ven obligados a contraer importantes deudas. Pero esto no importa. La tradición litúrgica del rito funerario debe observarse escrupulosamente.

El difunto no debe echarse de menos, no hay que estimularlo para que vuelva entre los hombres a exigir la satisfacción de ofensas recibidas o de negligencias injuriosas. Debe alcanzar el mundo misterioso del más allá, permaneciendo para los vivos sólo como objeto de culto y veneración.

siones de lugares de angustia o alegría y redención que asumen a menudo características bien definidas, con aspectos de carácter más terreno y material como el fuego infernal, los tormentos físicos y las torturas de los condenados, o bien paraísos que ofrecen y prometen alegrías y felicidad reflejando con demasiada fidelidad el concepto de bienestar que se tiene en la vida terrena.

Un dualismo preciso

Esta idea de separar totalmente el cuerpo del espíritu en el acto de la muerte se evidencia particularmente en las ceremonias fúnebres haitianas. En Haití, después de la muerte el sacerdote ejecuta un rito cuyo objetivo es separar definitivamente al difunto de su loa protector.

El sacerdote se introduce bajo la sábana junto al cadáver, pronuncia algunas plegarias y repite tres veces en voz alta el nombre del difunto, casi como si fuera un reclamo a la vida. Es en ese momento cuando, según relatan algunas narraciones tradicionales, el cadáver parece reanimarse por un instante. Según la creencia, esto no sería más que la manifestación visible de la definitiva separación del loa de aquel cuerpo.

Este rito desconcertante tendría la función de separar del cuerpo inanimado los talentos y las capacidades de que estaba dotado en vida, y que no serían otra cosa que manifestaciones sobrenaturales que deben volver a ser absorbidas en la esfera etérea de la cual provienen, dejando el cuerpo vacío de todo patrimonio anímico. Ese cuerpo que debería ser incorruptible, pero que sólo está despoblado de personalidad e individualidad, puede no dar miedo.

Aquí ya se perfila el concepto del «zombi», criatura sin vida interior pero sin muerte corpórea, pasivo anillo de conjunción entre los muertos y los vivos.

En los ritos ceremoniales que caracterizan los funerales vudúes hay una escrupulosa observancia de aspectos particulares y de honores dirigidos a «contentar» al antepasado.

Si este comportamiento puede revelar la gran devoción que sienten los creyentes del vudú por los que ya no están entre los

en su libro *Magie noire* (Magia negra) una de estas ceremonias a la que él mismo asistió.

En este relato encontramos todos los tonos sombríos e imaginarios con que la fantasía africana ha enriquecido y coloreado desde siempre los acontecimientos más banales. Indudablemente, el relato de Bersez está cargado de aquel sentido de superstición y aceptación de lo «mágico» que aparece en todos sus escritos, y que le hacen proponer sin reservas todo lo que es magia como algo absolutamente real. Sin embargo, desde el punto de vista del contenido simbólico, la ceremonia —que, entre otras cosas, forma parte de los ritos oficiales, de modo que se celebra con el permiso de las autoridades de Togo— recupera el concepto de esta voluntad ancestral de entrar en contacto con el mundo de los muertos para poder abatirlo definitivamente, alejándolo de la vida.

Según cuenta Bersez, el rito empieza en un cementerio, después de ponerse el sol. El hungan ha llamado por su nombre a los muertos que se evocan. Luego empieza el sonido rítmico de los tambores sagrados, que acompaña la salmodia de las fórmulas rituales. El redoble de los tambores es continuo, ininterrumpido, llena el aire de sus ecos, que cada vez asumen más el aspecto de un reclamo satánico, inquietante.

Es medianoche. Algunas tumbas se abren y de ellas emergen, horribles y terroríficos en sus carnes putrefactas, los cadáveres de los evocados. Con el paso lento de una danza macabra se dirigen hacia el lugar consagrado donde tendrá lugar la lúgubre cita.

A la cabeza del cortejo fúnebre va el jefe, que lleva una gran máscara. Los que asisten al rito, aterrados y fascinados, se mantienen a una distancia considerable, pues conocen el riesgo mortal que se corre al estar en contacto con un égu. Cada muerto viviente empuña un bastón empapado de sangre humana. El que sea tocado por aquel bastón morirá en el acto.

Cuando la comitiva llega al lugar de destino, que el hungan anteriormente ha consagrado, se efectúa la parte sacrificadora y liberadora del rito.

Algunos ayudantes del hungan siguen a éste, armados con lar-

merosos vampiros de las leyendas europeas —se cuentan alrededor de setenta— como el Drakul moldavo, el Norferat y el Strigoi rumano, el Krvopijac búlgaro, el Strigoiu valaco, el Upier polaco, el Ogojen de Bohemia, etc., se contraponen las terroríficas y míticas figuras del Talamar polinesio, del Vetala indio, del Ch'ing Shih chino, del Buo dayaco, del Ciuatateo mexicano, del Lobishomem brasileño, todos ellos monstruosos personajes que alimentan la efímera y absurda vida de su cuerpo chupando la sangre a los vivos, como la única linfa que puede conferirles este mágico poder. Pero también en las leyendas africanas está presente el mito del vampiro.

Precisamente en la Costa de los Esclavos, en África, aletea entre otros la pavorosa imagen de Wume, chupador de sangre nocturno, y en las tribus ashanti la leyenda habla de Asanbosan, horrendo ser antropomorfo con pies ganchudos que por la noche chupa la sangre del pulgar de los durmientes.

De día, esta repugnante criatura se oculta en oscuros rincones y en desconocidos antros tenebrosos, mimetizándose como murciélago, durmiendo boca abajo, agarrándose con sus pies en forma de gancho, envuelto en sus negras alas que lo rodean como un macabro sudario. En el corazón de la noche sale volando silenciosamente, en busca de las víctimas de las cuales obtiene el sustento para su monstruosa existencia.

En el comportamiento humano que alimenta estas leyendas existe el profundo impulso psicológico de una reivindicación del cuerpo frente al alma. Parece casi una revancha contra el derecho a la inmortalidad que sólo se ha concedido a ésta última, una obstinada reticencia a aceptar este dualismo. El ser humano, al no conseguir resignarse al fin absoluto, y no satisfecho suficientemente con una trascendencia espiritual —que para él es huidiza e intangible— mantiene vivos a los muertos en sus leyendas y en sus mitos, en un mundo terrorífico y mágico al cual transfiere poco a poco el concepto de muerte en los mismos muertos, que se convierten a su vez en portadores de muerte. Les teme, los siente hostiles, está aterrorizado, obsesionado por el terror de verlos reaparecer encarnados. Pero al mismo tiempo alimenta un recóndito y morboso deseo de contacto,

que se mantienen prácticamente iguales en la tradición desde los tiempos más remotos, se enriquecen con el paso del tiempo adaptándose a ciertos aspectos nuevos de la vida del hombre, y añaden nuevos rituales e instrumentos, que se adaptan a nuevas exigencias o incluso nuevas posibilidades más acordes con el tiempo. Así, junto a los instrumentos tradicionales para provocar maleficios, vemos otros nuevos que toman modelo de aspectos más modernos de la vida. Entre éstos ha entrado en la práctica de la magia negra africana un nuevo medio denominado *yakatu* o «fusil africano».

El terrible *yakatu*

No se trata exactamente de un fusil tradicional como los que se usan para la caza o la guerra, sino de un arma mágica usada para lanzar maleficios. Sustancialmente sirve para «disparar» hechizos contra las víctimas designadas. Consta de un tubo con una mirilla —la referencia al modelo del fusil es evidente— que se llena con diferentes tipos de objetos «tratados» mágicamente (agujas, clavos, espinas, fragmentos de vidrio, dientes humanos, generalmente incisivos y caninos) y elegidos según el maleficio que hay que producir. Luego se añade una carga de pólvora. Con el arma así dispuesta el brujo se sitúa, sin ser visto, en espera de que pase la persona a la que se quiere perjudicar. Una vez la víctima está encuadrada en la mirilla, recita las palabras mágicas del encantamiento y enciende la pólvora.

Esta deflagración, completamente inocua para el que dispara, sólo produce una pequeña llama, que sin embargo es suficiente para hacer salir los proyectiles mágicos, los cuales, aunque caen al suelo sin demasiado impulso, cumplen el sortilegio, ya que el fuego, elemento fuerte y destructor reclamado por el mago, manifiesta toda su fuerza —en este caso maléfica— proyectando sobre la víctima todas las cargas negativas de que estaban impregnados los proyectiles mágicos.

Existe otra versión del *yakatu*, en la cual se aprovecha el calor del sol como fuerza activadora. Este segundo tipo de fusil africano recuerda por su forma la ballesta. Está formado por un trozo de madera de cierta longitud con una mirilla. El espacio que aloja la carga

»Volví a entrar en el templo donde, después de rociarme con un perfume dulzón e intenso, me lavaron las manos en una tina situada al lado del altar, y entonces se me invitó a expresar mentalmente mis deseos y establecer contacto con la divinidad del agua, es decir, el loa Damballah. La ceremonia casi había acabado, tan sólo quedaba una botella con pimienta, sal y vinagre, que se me entregó para que la introdujera en la tierra.

»En el fondo del jardín, detrás del templo, estaban las tumbas (o al menos eso parecían), sobre las cuales se veían crucifijos plantados boca abajo. En una de ellas metí la botella golpeándola con el pie.

»Así concluyó *la ceremonia de la luna llena*, como la definió el hungan.»

Se desconoce el desenlace del caso. En este sentido la protagonista ha mantenido una absoluta y legítima reserva. Por lo tanto, es imposible saber si se alcanzaron los objetivos deseados y aún menos si se realizó de algún modo la segunda parte del rito, la ceremonia de la «luna negra», que habría completado el exorcismo.

Pero no nos interesa tanto la real y eventual eficacia de la intervención del hungan, como la excepcional posibilidad de disponer de una descripción verdadera y genuina acerca de una ritualidad misteriosa de la que es muy difícil entrar en conocimiento, narrada por quien la ha vivido en primera persona.

Como se ve, en el ámbito de los ritos del vudú, en su estructura ideológica y en su epistemología está presente el concepto mágico del sortilegio, común también en nuestras creencias; en nuestra tradición popular se llama encantamiento, y en la investigación científica se ha denominado «psicobolia» (del griego psyché = alma y ballein = gesto de arrojar, con el significado de arrojar algo con o en el alma).

La idea de poder provocar en una persona situaciones maléficas y dolorosas con graves resultados, incluso la muerte, mediante rituales, implicando la ayuda activa de deidades o con la pretensión de dominar y administrar las energías y las leyes de la naturaleza con la voluntad y la fuerza del pensamiento, es común a todas las

tro de la habitación un agujero de alrededor de un metro de diámetro, una especie de pozo sin paredes del cual no se veía el fondo. Con las manos ocupadas por ese insólito «bouquet» palpitante y blando —los dos pichones— el hungan me hizo sentar a su izquierda, y empezó a hacer invocaciones. Cuando entré en el templo, atraída por el ambiente y el conjunto de objetos cuya función o eventual simbolismo no sabía explicar, no había reparado en los dos chicos que ahora descubría sentados a la derecha del sacerdote. Advertí su presencia repentinamente, antes con el oído que con la vista.

»Golpes tenues y rítmicos acompañaban las plegarias, como un redoble lúgubre y callado; procedía de los dos jóvenes iniciados, que lo producían triturando en el mortero los ingredientes que yo había llevado hasta allí. Observé sus morteros: uno era de madera, el otro estaba hecho con la tibia de un animal grande, probablemente un animal bovino.

»Primero se recitaron algunas oraciones católicas: la salve, el credo, letanías a la Virgen y el padrenuestro; después, las invocaciones a los loa en su lengua criolla. La escasa iluminación procedente de las angostas troneras era la única fuente de luz. El débil rayo que había conseguido penetrar había cumplido un largo recorrido en la pared y ya estaba a punto de desaparecer, lo cual me dio una vaga idea de la hora: el sol estaba a punto de ponerse y por lo tanto había pasado un tiempo considerable.

»No tenía miedo, pero tampoco me encontraba a gusto, sentía una tensión interna en conflicto, el deseo de que todo acabase y la apremiante espera de un después que no lograba imaginar. Con la caída del sol se extinguieron también las últimas plegarias. Había llegado el momento de mi purificación.

»Las acciones que se sucedieron me pareció que tenían lugar a un ritmo nuevo y más rápido, tal vez porque al participar de manera activa el tiempo pasó a otra dimensión también subjetiva, pero más cercana a la realidad.

»Mi purificación tuvo lugar mediante el lavado de los pies y de las piernas, rito realizado por el mismo hungan, pero que fue pre-

ledad, y poco a poco fui presa de la angustia. La vegetación avanzaba hasta invadir con sus ramas el tortuoso sendero, llegando a rozar el coche, con crujidos que llegaban a mis oídos como amenazas susurradas o como suaves advertencias, mientras me adentraba en aquel mundo que parecía envuelto en misterio.

»Mil pensamientos empezaron a aflorar a mi mente en un torbellino de recuerdos de relatos poblados de extraños personajes que con diversas estratagemas atraen individuos para hacerles daño. Eran los peligros reales o fantásticos que aparecen cuando nos sentimos solos y, como dicen los haitianos, todo puede ocurrir, «si bon Dieu vlé», es decir, si el buen Dios lo permite.

»Después de un tiempo que no puedo precisar, porque a veces el tiempo es demasiado lento o demasiado veloz, me encontré en un pequeño ensanche donde la caña de azúcar había dejado el sitio a una alta estacada, detrás de la cual se veía una construcción de mampostería con el techo de planchas onduladas y una especie de quiosco con el techo de paja.

»Quizás me habría marchado, presa de las dudas y miedos que habían animado mi viaje, si el hungan no hubiera salido en aquel momento al oír el ruido del único coche que circulaba en aquella zona: el mío.

»El hungan era un negro de edad indefinible con modales corteses y aspecto tranquilo. Ni su comportamiento ni su expresión tenían nada que hiciese pensar en oscuras y tenebrosas actividades. Vino a mi encuentro y me invitó a avanzar con modales muy corteses y afables. Ya dentro del juego, vencí todas mis dudas, aparqué el coche y bajé.

»Entré en el patio con la intención de observarlo todo, de fijar en la mente hasta el más mínimo detalle, decidida, no obstante, a no beber ni comer nada; y apelando a todas mis fuerzas, intenté permanecer lo más lúcida y desapegada de ese ambiente, para mí nuevo, pero del cual una cierta tradición me ponía en guardia contra riesgos imaginarios que podían tener su lógica y ser reales para mí.

»El hungan me hizo sentarme bajo el cobertizo y me explicó lo que sabía sobre mi historia. Nos habíamos visto por primera vez en

lato de su reciente enfermedad, que fue provocada, según el brujo, por el odio de un hombre ávido y astuto.

El joven, evidentemente excitado y también preocupado, a la vista de que sus condiciones de salud volvían a ser críticas, decide, a escondidas de la madre, seguir las instrucciones del mago, que después de algunas purificaciones efectúa el verdadero «contraencantamiento», rito que lo libera de la enfermedad física de que fue tratado en el hospital europeo, pero de la cual no se habían aislado aún las causas auténticas.

G.M. recuerda que se estiró con el torso desnudo, boca abajo en una mesa, y que sintió el aliento caliente del viejo a la altura de las primeras vértebras cervicales. Luego, la sensación de un mordisco y un intenso dolor que nunca había sentido. Vivió fracciones de segundo con todo el horror del sufrimiento físico más agudo, llevado a los límites de lo soportable. Algunos instantes después, el mago, con el rostro convulsionado, escupía violentamente sobre una tela un puñado de clavos que por longitud y cantidad no era posible que estuvieran escondidos en su boca.

Todo volvió al orden y, cosa extraña, el cuello del joven, en el punto donde sintió el mordisco, no presentaba ni sombra del menor enrojecimiento. Tan sólo quedaba el misterioso puñado de clavos como testimonio de que no se trataba de un sueño.

Una vela negra sobre una calavera de macho cabrío

Una vela negra y un cráneo de macho cabrío son los tristes protagonistas, o mejor dicho, los lúgubres medios a través de los cuales habría sido posible condensar fuerzas negativas y ejercer un hechizo contra la señora cuyas iniciales son A.R.

La señora, una europea que vivía en Haití por motivos de trabajo, había empezado a acusar desde hacía cierto tiempo una serie de extraños trastornos físicos, para los cuales los médicos no conseguían encontrar solución ni aislar las causas. Además, en sus relaciones sociales más cercanas se había constatado una situación profundamente anómala que había condicionado el comportamiento de

en cuando, lo que basta para mantener vivo el interés, y negándose lo suficiente para reavivar la duda. En el fondo, el misterio es su fuerza y su magia.

Un puñado de pequeños clavos

Algunos relatos tienen sabor de fábula, parecen obra de la fantasía de alucinados o bromas de individuos que pretenden jugar con la ingenuidad de crédulos simples e ingenuos.

No obstante, existen hechos que por extrañas analogías o, sobre todo, por la falta del móvil esencial de hacer espectáculo o de llamar la atención, adquieren mucha más credibilidad entrando a formar parte de una fenomenología difícilmente explicable, aunque no por eso innegable o inexistente.

El protagonista de este episodio es G.M., un joven nativo de una isla de las Antillas que realiza una actividad laboral que lo lleva a viajar mucho, y que hace de él lo que habitualmente se define como «ciudadano del mundo».

Para explicar su historia es necesario precisar su situación familiar, que aunque no es insólita podría ser la llave y la causa de su experiencia.

Primogénito de una familia acomodada, después de la muerte del padre, ocurrida en extrañas circunstancias, se encuentra implicado en graves desacuerdos entre la madre y la abuela materna, que rompen sus relaciones por los galanteos insistentes de un antiguo pretendiente de la joven viuda. G.M. está de parte de la abuela, pero su opinión no tiene peso y, además, es enviado a un país europeo para que prosiga sus estudios universitarios. Su nueva vida y sus nuevas experiencias lo distraen de los lejanos acontecimientos, y los contactos epistolares y las vacaciones ocasionales que pasa en el país nativo no le dan la posibilidad de oponerse a la situación de hecho, es decir, la convivencia primero y el matrimonio después entre la madre y su cortejador, quien tal vez no fuera del todo insensible a la notable fortuna de ella.

Pero los años pasan, G.M. pronto regresará definitivamente, la

ciones, se abatió sobre Cotonou el habitual temporal, el cual respetó extrañamente la pequeña zona donde se encuentran los locales y el teatro al aire libre del Centro. ¿Casualidad? ¿Microclima? ¿Magia? Estas preguntas se las plantearon diversas personas aquella tarde, y alguno respondió: «Sí, ha funcionado... ¡Funciona de verdad!».

Sin embargo, nadie se atrevió a afirmar explícitamente que había sido la magia lo que «funcionó». Las ideas sobre esto estaban mucho más claras en Haití, donde hasta 1953, el artículo 405 del Código Penal decía: «Quien haga uangas, caprelatas, vaudux, compedre, macandale u otros sortilegios será castigado con la reclusión de tres a seis meses y con una multa de 60 a 150 piastras, a) por el tribunal de policía simple, y en caso de reincidencia, con la detención de seis meses a dos años y una multa de 300 a 1.000 piastras, b) por el tribunal correccional, sin perjuicio con respecto a penas más elevadas en las que incurriría por delitos o crímenes cometidos por preparar o llevar a término maleficios. Toda danza o práctica por cuya naturaleza se mantenga vivo el espíritu del fetichismo y la superstición será considerada un sortilegio y será castigada con las mismas penas».

Los gri-gri y los gad

Si a veces la magia es útil para influir sobre la naturaleza, otras veces puede ser indispensable para favorecer la salud, el dinero y los sentimientos, factores que juegan el papel más importante en la vida del hombre. Por eso existen los gri-gri africanos o los gad de Haití, es decir, los amuletos.

Los gri-gri o los gad pueden ser los objetos más variados, desde dientes de león a semillas de determinadas plantas, desde un pelo de cola de elefante a una piedrecita, lo importante es que el encargado de realizar la labor lo haya «montado», es decir, que haya imprimido al objeto la fuerza necesaria para el objetivo al que debe servir. El gri-gri o el gad acumulará fuerza hasta ser un verdadero depósito de energías, que podrán ser usadas a manos llenas por el que lo posea, que además estará protegido contra las malas in-

tos naturales, difícilmente controlables, a menudo representados por fuerzas desconocidas y, por lo tanto, como justamente afirma Malinowski: «La función cultural básica de la magia consiste en tender un puente sobre las fisuras y las deficiencias en actividades muy importantes que todavía no son dominadas completamente por el hombre», y sigue: «La magia está emparentada con la ciencia, pues siempre tiene un objetivo bien definido e íntimamente asociado a los instintos, las necesidades y las búsquedas humanas». La falta de lluvia, que daba carestía; la pantera que, inalcanzable, destrozaba regularmente a mujeres y niños en las orillas del río; el cólera y las demás epidemias que diezmaban los pueblos, eran fuerzas contra las cuales el hombre no sabía cómo luchar. Para huir de la desesperación se creó la esperanza y la confianza en una fuerza más poderosa: la magia. La magia, que es un arma de doble filo, ya que puede convertirse también en una amenaza. Los encantamientos, los sortilegios y los hechizos se pueden volver también en contra del hombre. Aunque siempre hay una salida posible, si la enfermedad es provocada por un rito mágico, el enfermo no se sentirá enteramente impotente, pues podrá protegerse recurriendo a gri-gri, fetiches, amuletos o a los loa.

No por casualidad el príncipe del panteón vudú, el que abre la verja sagrada entre el mundo terreno y el sobrenatural, es el loa Legba, dios que preside la adivinación porque conoce el destino, pero también es «señor de las encrucijadas», de los lugares donde se desarrollan las prácticas mágicas. Legba (o Maître Carrefour) representado por un símbolo fálico en las encrucijadas, parece querer subrayar la unión inextricable entre fe religiosa y poder mágico.

Los mercaderes de la lluvia

La danza de la lluvia es tal vez uno de los rituales mágicos más conocidos, pues existe una literatura sobre los «mercaderes de la lluvia» que, a través de prácticas particulares, podían favorecer o detener el temporal. En África es fácil oír hablar de magos especializados en el tema «lluvia», magos a los que cualquiera puede

cendiendo, por un momento o por el resto de la vida, la esperanza de alcanzar un objetivo lejano y de dar así un nuevo estímulo a la vida.

La influencia del vaticinio es sin duda un arma de doble filo: este placebo se puede convertir, en manos de operadores sin escrúpulos, en un medio negativo si no nefasto, capaz de subyugar un alma demasiado débil o trastornada.

Para el seguidor del vudú, llevado a concebir las experiencias de la vida de una manera que nunca es definitiva, pues potencialmente hay un remedio para todo, el papel del vidente toma el aspecto de aquel que no sólo ve el problema, sino que distingue sus causas y sugiere los remedios adecuados.

Cuando en la vida nos acechan las desventuras o nuestros deseos se ven obstaculizados, y se nos escapan los motivos de ello, puede deberse a la acción de un loa ofendido o contrariado, o tal vez a un maleficio. No obstante, el vudú nos enseña que haciendo ofrendas a otro loa, apaciguando al ofendido con unos ritos determinados o deshaciendo el maleficio producido por el brujo malvado —sirviéndonos de la fuerza del que la posea— las cosas pueden cambiar.

El vidente es la persona capaz de descifrar las causas ocultas y de combatir las eventuales fuerzas negativas con las mismas armas que usa para hacer el mal: la magia.

Magia, palabra que evoca las más remotas prácticas ligadas al hombre prehistórico, que desde los albores de la vida ha intentado usarlas para influenciar al hombre mismo, a la naturaleza y a lo divino. Como afirma Cavendish, es imposible aislar completamente al hombre de la magia y, por lo tanto, de la historia, de la religión y de la ciencia: «El impulso religioso conduce a la veneración, el científico a la explicación, el mágico al dominio y al orden. Pero en la vida real, tales actitudes no se mantienen en compartimentos separados, y no son frecuentes las distinciones».

con pocas variaciones en casi todas las descripciones que las cartománticas haitianas hacen cuando se les pregunta por qué han escogido las cartas como medio de lectura adivinatoria. En él, el símbolo de las gafas es una evidente referencia a la capacidad de «ver» y de interpretar.

Otro medio de adivinación típico y sugestivo es el fuego. La mambo haitiana a menudo se sirve de una vela encendida para iluminar las tinieblas que rodean el pasado y el futuro del hombre.

Los leves movimientos, los pequeños latidos, las imperceptibles crepitaciones de la trémula llama que arde alargándose hacia arriba, rodeada por una aureola más o menos intensa, o que parece replegarse en la negra mecha para morir ahogada en una lágrima de cera fundida, constituyen para la vidente el lenguaje de una entidad superior que se sirve de este medio para comunicarse.

La llama de la vela, con su lengua roja, articula palabras que permiten un verdadero y auténtico diálogo en el que cualquiera puede entender la pregunta, pero cuya respuesta sólo puede ser interpretada por la mambo, porque sólo ella conoce el sistema para entender el lenguaje que, hecho de luz y movimiento, se convierte en un callado e inteligible murmullo.

La ceremonia de la lectura del fuego asume un aspecto más sugestivo aún, pues el ambiente en el que se desarrolla está inmerso en la penumbra, si no en la completa oscuridad, que es rota solamente por las trémulas reverberaciones de la llama.

La habitación, casi siempre fría y pobre, parece disolver sus paredes para convertirse en un lugar sin fronteras. La llama de la vela evidenciará las largas sombras proyectadas por los objetos circundantes, que parecerán vivir y moverse con las leves oscilaciones de la llama, que hará que las sombras fluctúen y parezcan menos estáticas.

Es en esta atmósfera de mágica oscuridad donde el personaje de la mambo se exalta en toda su plenitud. Resalta la blancura de sus ojos y sus dientes, las señales de las arrugas desaparecen de su rostro, a menudo marcado por el tiempo, y permanece la expresión de un cuerpo que sólo parece sombra entre las sombras.

Aunque la discreción es obligada, el interés se mantiene constante y se siente profundamente. Interés que el consultante manifestará con actitudes y reacciones diversas frente al adivino «mediador» y al adivino «intérprete».

El mediador está siempre y de cualquier modo al amparo de toda crítica; de él se aceptan reprimendas acerbadas, mensajes duros, reproches y pretensiones abusivas, incluso insostenibles. Es el dios quien habla sirviéndose del cuerpo de su esposo, siervo, protegido, escogido, en definitiva, de su sacerdote.

Al dios no se le puede negar ni pedir más de lo que quiera decir, no se le puede forzar, ni siquiera en el caso de que las preguntas queden sin respuesta o de que ésta resulte ambigua, incomprendible o aparentemente injusta y desalentadora.

El intérprete sagrado del vudú, en cambio, debe ser exacto. En este caso, el consultante es exigente y mordaz, quiere hechos y no consejos más o menos dictados por el sentido común. Desea saber el resultado efectivo, real y concreto, y no la descripción fácil y ambigua de un estado psicológico, refugio de la chapucera despabilada que debe rellenar un espacio de tiempo sin comprometerse demasiado en afirmaciones o situaciones reales que puedan tener una respuesta objetiva.

Una vela y un poco de ron para iluminar pasado y futuro

En la mágica isla de Haití, los métodos de adivinación interpretativa son varios: desde el examen de los cuerpos de animales sacrificados, incluso en diversos estados de putrefacción, a la interpretación de los posos del café o la utilización de las cartas, que es el medio más difundido. El uso de las cartas es uno de los elementos que evidencia una vez más el sincretismo típico del vudú haitiano, en el cual los elementos europeos se han introducido y mezclado con las antiguas tradiciones negras africanas, y en particular con el bagaje de conocimientos mágicos típicos de la tradición francesa, que tanto ha influido en la cultura haitiana.

No es por casualidad que las cartas más usadas sean las que representan los signos típicos de las cuatro semillas: corazones, rom-

al juicio de los dioses, sometiendo a los sospechosos a una prueba singular.

En un día establecido y considerado propicio para convocar este «tribunal divino», con todo el pueblo presente y después de haber recitado las fórmulas propiciatorias del ritual, el sacerdote excava un agujero en el suelo, y luego echa en él las ofrendas votivas, que consisten en mezclas de varias bebidas alcohólicas. Una vez hecho esto, en el fondo del agujero se coloca una semilla de palma que previamente se ha atado a un cordel.

Luego, entre invocaciones y plegarias, se vuelve a tapar el agujero, prestando mucha atención a que, una vez esté completamente cubierto, el cabo libre del cordel quede en el exterior. Éste se ata alrededor del cuello de los presuntos reos, que deberán demostrar su inocencia si con las manos atadas detrás de la espalda, arrodillados y sin perder el equilibrio consiguen sacar la semilla del agujero. Esta prueba, que parece un juego de sociedad, no es tan fácil como puede parecer; además, las connotaciones de carácter psicológico pueden jugar malas pasadas.

El miedo de no conseguirlo, la conciencia de ser culpable o el temor a una condena injusta cargan el «tribunal divino» de una atmósfera de suspense no privada de ataques histéricos y también violentos. Muy a menudo la semilla permanece enterrada en el pequeño agujero a pesar de los esfuerzos y contorsiones del acusado. Nuevamente debemos preguntarnos si la causa del fracaso se puede atribuir a un acto inconsciente de acusación, a la casualidad... o al poder de los loa.

La adivinación en el vudú haitiano

También en Haití la facultad de hacer predicciones añade un atractivo particular a la figura de la sacerdotisa o del sacerdote.

Estos personajes encienden ya por sí mismos la fantasía y despiertan la curiosidad, y poseen el atributo de un respeto particular en el ámbito de su «corte discreta».

La certeza de que los loa han dado a sus sacerdotes poderes par-

el intercambio directo de productos de la naturaleza, también asumieron el papel de ornamento o joya, por sus graciosas formas. A menudo encontramos cauris montados en collares, brazaletes, gargantillas, e incluso en los elaborados peinados femeninos, que se consiguen partiendo el cabello en mechones regulares desde la base del cabello. Mechones que se convierten en finas trenzas que dejan bien visible e incluso resaltan el dibujo geométrico trazado inicialmente con el peine sobre el cuello cabelludo.

Un objeto tan importante y valorado podía ser medio y soporte para la videncia y las prácticas mágicas. Un pequeño puñado de cauris se arroja sobre una estera. Según el número y las diversas posiciones que toman los cauris —banales para los profanos, pero determinantes para el adivino inspirado por la divinidad— se obtiene la respuesta del oráculo.

La migala sagrada

Algunas poblaciones asentadas en los territorios del actual Camerún creían que la migala era la primera criatura del Dios supremo, y que a ella le correspondía el poder de conocer y revelar el futuro. Al extenderse esta antigua leyenda a las poblaciones limítrofes del golfo de Guinea, la migala obtuvo un lugar propio en las artes adivinatorias.

La migala es una araña gigante. Posee unas robustas patas peludas que sostienen un cuerpo macizo y recubierto de pelos, que le confiere un aspecto monstruoso y repugnante.

Algunas especies de esta araña alcanzan tales dimensiones, que pueden incluso atacar pájaros pequeños. Su hábitat natural son los territorios comprendidos en la zona tropical. Suelen vivir en madrigueras excavadas en el suelo, por lo que a menudo un gran agujero redondo indica la presencia de un nido de migalas.

El encuentro casual o buscado de un nido es una ayuda preciosa para quien desea conocer el propio futuro o tiene problemas que debe resolver.

El que busca la verdad se sentará cerca del nido de la migala y abrirá su alma iniciando un monólogo, exponiendo sus problemas,

luntades divinas, sino que las determina a través de un proceso intelectual estimulado por los diversos soportes de que se sirve.

Fa, el dios del futuro

El sistema adivinatorio por interpretación, típico de los pueblos *ewe*, *fon* y *yorouba*, es practicado por el sacerdote a través de la geomancia de *Fa*.

Fa es el genio del destino humano, la divinidad que preside el destino y que la tradición africana sitúa idealmente en Ife, ciudad de Nigeria que aún en nuestros días es considerada por las poblaciones *yorouba* como un importante centro religioso.

El mítico Fa es una divinidad independiente, pero también se confunde y asimila con *Legba*, es decir, el loa que al ser el intérprete del dios supremo puede actuar de trámite entre el Absoluto y los hombres, pues es el único que conoce el lenguaje divino.

A veces, a pesar de considerar a las dos divinidades como entidades bien diferentes, se cree que Fa revela el destino a través de Legba, portavoz y caprichoso traductor que es capaz incluso de tergiversar el mensaje volviéndolo no siempre creíble. Sin embargo, Legba puede interferir en el mismo destino, cambiándolo o modificándolo.

El arte adivinatorio ejercitado a través de la geomancia de Fa es uno de los más ancestrales y de los más considerados en África, o mejor dicho, en la costa occidental del continente negro, donde surgió y se ha desarrollado el vudú.

El geomántico, es decir, el adivino que interpreta los signos naturales o artificiales en el terreno sobre el que se concentra, para interrogar a Fa sigue un complicado sistema de permutaciones y combinaciones obtenidas con el lanzamiento de semillas. Generalmente, después de haber invocado a Fa como «dios del futuro», «revelador imparcial de los secretos del universo» y «oráculo del dios supremo», el geomántico arroja nueces de palma o de cola sobre una bandeja de madera de caoba con incrustaciones, bandeja que servirá exclusivamente para este rito, pues al estar consagrada a la adivinación sería un sacrilegio usarla para otros fines.

tiguos «reinos de majestad divina» que precedieron a los poderosos estados feudales en tierras de África, y que se transformaron en estados militares sedientos de guerras, entre los que destacaron a principios del siglo XVIII los pueblos *fon* y *ashanti*.

Pero el sacerdote vudú es sobre todo aquel que, inscrito en el cosmos, escucha sus palpitantes mensajes y puede captar su significado, pues sabe descifrar, interpretar, traducir estas pulsaciones transformándolas en informaciones.

«Boca de Dios» por definición, alcanza con la ceremonia de la «toma de los ojos» el grado supremo de la iniciación, el último de una larga serie de conocimientos conquistados a lo largo de años de duras pruebas y meditaciones destinadas a templar y reforzar su temperamento. La ceremonia de la «toma de los ojos» consagra al sacerdote vudú en «vidente».

Como representante de la divinidad, a través de su divinización podrá llevar el mensaje del dios a los hombres, ya sea como transmisor a través de la posesión, ya sea como intérprete sirviéndose de las más variadas disciplinas de predicción.

Indudablemente, esta facultad aumenta notablemente el gran prestigio del hungan, en cuya figura podemos ver reunidos los papeles del sacerdote, del notario, del abogado y del juez, papeles que realiza de manera indirecta pero eficaz en el ámbito del clan. Es conocida la elevada consideración de que disfrutaba en la corte de Abomey del último y espléndido período pre-colonial, el gran sacerdote Gédégbé, sabio respetado por su comprobada videncia. Hay que recordar que de él procede la predicción hecha al rey Behanzin acerca de su derrota y exilio, cosa que ocurrió el 3 de octubre de 1890, día de la toma de Dahomey por parte de los franceses. Al parecer, Gédégbé predijo incluso la hora y el día de su propia muerte.

También en Haití han existido figuras de este tipo que han ejercido un poderoso control, y a veces han sido los auténticos catalizadores en las difíciles relaciones entre colonos y esclavos. A este respecto se recuerda la importancia que tuvo, en los candentes años que precedieron a la revolución, un viejo sacerdote cuyo verdadero nom-

Los compradores de este tipo de mercancía son muy particulares y su comportamiento los distingue de manera notable. No son personas de rostro curioso, ávido, soñador, resignado, admirado o desilusionado, que escruta incierto y regatea el precio final, con voz alta y aguda.

El comprador de este tipo de mercancía parece haber cambiado por un momento su personalidad y, decidido y silencioso, escoge entre los diversos canastos que contienen hojas, semillas, bayas, piedrecitas, conchas, cortezas de árbol, polvos. No se sabe si busca un remedio casero y tradicional para ciertos malestares, o bien ingredientes relacionados con la cosmética local típica, si debe confeccionar un amuleto o simplemente compra una ofrenda para su dios tutelar.

Junto a estos canastos cuyo contenido es evidente y misterioso a la vez hay objetos rituales de metal, madera o hueso. También éstos hacen pensar en un simbolismo, en un lenguaje especial que permanece oscuro, a pesar de llenar la mente con mil suposiciones. La perplejidad y las dudas aumentan ante la visión, a menudo repugnante, de calaveras de pájaros, serpientes, mamíferos, alineados junto a huesecitos y cadáveres de ratas y otros pequeños animales en diversos estados de putrefacción.

¿Se trata de remedios contra ciertas enfermedades o son ingredientes para una ofrenda ritual? ¿Son medios para deshacer un encantamiento o para echar un maleficio? ¿El comprador es un sacerdote o un mago? ¿Un curandero o un brujo temible?

Tal vez lo es todo, es decir, un hombre que tiene o cree tener la llave del «saber», orgulloso de los estrechos pactos establecidos con los loa, un hombre que actúa según la moral del panteón vudú, en la que el concepto del bien y del mal no existe o tal vez está superado, o sigue una ley y una lógica que se nos escapa.

siquiera se rebela contra las moscas y otros insectos alados, insistentes y molestos, que acuden atraídos por el olor ácido de los cuerpos recalentados.

No se sabe bien si esta procesión de gente se dirige al mercado para vender o para comprar; generalmente se trata de ambas cosas. En efecto, los canastos o las enormes palanganas de esmalte o plástico que llevan sobre la cabeza, con un equilibrio de antigua experiencia, jamás están completamente vacíos.

Un pescado, un pollo magro, algo de fruta, un puñado de verdura o unos pocos huevos son a menudo las pequeñas riquezas que llevan a la aldea y que, después de un camino que dura horas, esperan poder vender o cambiar en el mercado por algún otro objeto.

Entrar en la zona del mercado significa sumergirse en el corazón del ambiente más auténtico y espontáneo, donde las tradiciones del pasado y las exigencias del presente se mezclan en contrastes estridentes, fuertes y violentos.

Pero para poder captar esta extraña embriaguez y saborear su atractivo es necesario superar la sensación desagradable del continuo contacto corporal con una multitud que hierve, que vocifera y empuja, amontonada y en movimiento, en busca de no se sabe bien quién o qué. Es necesario zambullirse sin preocuparse del polvo que se levanta de tierra bajo el incesante pataleo de los pies descalzos, que se hunden silenciosos en la tierra tibia bajo una atmósfera cargada de olores pesados, densos, que mezclados con la cálida humedad del aire fluctúan en olas acres tan espesas que llegan casi a poderse palpar.

Incluso los últimos reparos, fruto de la consideración más obvia que asalta la mente, y que es el riesgo a la infección por los innumerables parásitos, son vencidos por la curiosidad, mezcla de una sensación de embriaguez que brota de esta caótica, colorista y ruidosa marea de personas, animales y cosas, una auténtica fiesta para los ojos atraídos por un cromatismo único e incesantemente estimulados por mil interrogantes.

Expuestos en el suelo o alineados en mesas móviles se pueden ver los objetos más extraños. El puerto cercano permite un comer-

perpone a los mil ruidos de los pueblos, a los rumores del remoto campo, llevando mensajes diversos. El fiel comprenderá de qué habla el tambor y sabrá que se prepara el encuentro con el loa. Si el sonido del tambor significa que es el momento de la ceremonia, el dios sólo se presentará cuando el vevé se ilumine. El vevé es un dibujo trazado por el sacerdote sobre el suelo con harina de maíz, café molido u otros polvos coloreados, y a través de la simbología de sus signos expresa el espíritu que se invoca. Cuando las velas colocadas sobre el vevé están encendidas, en el símbolo se hace presente la divinidad misma identificándose con él. En la tradición africana, los vevé son bastante esquemáticos. En Haití, sin embargo, la influencia de las artes figurativas europeas de los siglos XVIII y XIX ha contribuido a enriquecer estos símbolos con garabatos y frisos diversos de vago sabor barroco. Todo loa tiene un vevé que lo describe, lo caracteriza y lo diferencia. Erzulie, divinidad del amor, se representa con un corazón, cuyo simbolismo alude claramente a su personalidad y al papel que se le atribuye en el ámbito del panteón vudú. Damballah tiene como símbolo una serpiente y Agau, el señor de los mares, una nave. Durante la ceremonia, los objetos y animales ofrendados se colocan sobre este símbolo mágico, pero antes el sacerdote y los iniciados consagrarán y saludarán al vevé rociando el símbolo con bebidas y realizando sacrificios rituales, dispuestos a acoger la presencia del dios, que lo animará transformándolo de simple dibujo en manifestación divina.

Típicos del vudú africano son los llamados «hierros sagrados» o «mesas de los dioses». Están formados por un asta de hierro de longitud variable, que sostiene una especie de plataforma redonda del diámetro de un plato, adornada por símbolos estilizados en honor de los atributos y de las virtudes de diversas divinidades. Durante los ritos, estas mesas simbólicas se plantan en el suelo de tal manera que presentan, dirigido al cielo, el plato sobre el que se colocan las ofrendas de alimento para los loa. Si la ofrenda es aceptada, los dioses, asumiendo el aspecto de pájaros, se posarán sobre las mesas sagradas comiendo directamente el alimento o llevandoselo con sus

En las ceremonias vudúes los tambores se convierten en objetos sagrados, mejor dicho, en espíritus independientes, casi loas, a los cuales se hacen ofrendas y sacrificios. En el rito Rada los tambores son tres, y están fabricados con troncos de árbol recubiertos con piel de buey. Para los ritos Petro se usan dos tambores, y la piel empleada para su realización es de cabra. Tanto los primeros como los segundos se fabrican con mucho esmero. Durante el proceso de fabricación se celebran ritos especiales, los cuales dotarán de un alma a este instrumento.

«Ezili Kalikae elu
Ala loa ki red
Ezili u madé kocho
m'ape ba u li
Ezili madé kabri dé pié
katé pum pra pu ba li.»

(Erzulie Kalika / ¡oh, loa severo! / Erzulie, tu pides un cerdo / y yo te lo daré / Erzulie, quieres un cabrito con dos pies / ¿dónde podré encontrarlo para ofrecértelo?)

El cabrito con dos pies alude claramente a un sacrificio humano, y confirma la fama de devoradores de hombres de que se acusa a menudo a los loa Petro. Para distinguirlos mejor de los que son venerados según el rito Rada, menos violento, se califican con atributos que se añaden a sus nombres de origen africano, por ejemplo: *mápyan*, que significa «corazón negro», o *yé rouge*, es decir, «ojos rojos». Estos calificativos añadidos tienden a reforzar también a nivel de apariencia física el aspecto que, si por una parte expresa su crueldad e inhumanidad, por otra expone muy bien la idea de la fuerza y de la potencia que bajo el impulso de la maldad puede ser más eficaz.

Si los ritos Petro y Rada pueden ser objeto de cierta investigación y pueden compararse por sus diversos aspectos, el rito Zandor es la expresión más secreta del vudú, hasta el extremo de que a menudo los estudiosos de esta religión lo consideran una variante de los dos ritos citados.

Con la palabra Zandor se indica la tradición de la brousse, del campo, de las espesuras más aisladas y remotas donde los adeptos susurran las antiguas tradiciones. Esta aureola de misterio deja mucho espacio a la fantasía, incluso a la más ardiente... Se murmura, por ejemplo, que los Zandor conceden facultades particulares a los iniciados, los cuales estarían en disposición de volar y de transformarse en animales a su gusto. Los fenómenos y prodigios serían innumerables y disparatados, y según una suposición mágica se ba-

Los tres ritos

Si en África no se pueden distinguir o catalogar las diversas liturgias que se celebran, en Haití hay que hablar principalmente de tres ritos: Rada, Petro y Zandor, aunque no de manera sustancial, pues en su mayoría recuperan las que fueron las manifestaciones de culto más antiguas, más externas o típicas de los diversos grupos étnicos.

Rada es un término que recuerda al grupo de los aristócratas loa africanos, los más cercanos a los orígenes y los más antiguos. Efectivamente, Rada deriva de Arada, ciudad del poderoso Danhomé donde los dioses eran considerados custodios y protectores de la estabilidad, no sólo del clan familiar, sino de todo el país. Por lo tanto, el rito Rada es sinónimo implícito de prestigio y autoridad, pero también de una especial tolerancia y benevolencia.

Los loa del rito Petro, en cambio, son más inflexibles y duros, y pueden llegar incluso a la crueldad. El término Petro deja perplejos a los estudiosos del vudú. Hay quien establece conexiones entre este rito y antiguas prácticas en África central, otros remontan el término a un tal Dompéte, personaje citado por Descourtilz, autor de escritos e investigaciones a principios del siglo pasado. Moreau de Saint Mery, comentando el vudú de las Antillas, menciona a Dom Pedre, y atribuye a este personaje, que vivió en la segunda mitad del siglo XVIII en Haití, el uso de la mezcla de la pólvora con la tafia o aguardiente de caña.

La tafia, bebida ritual para ceremonias especiales, mezclada con la pólvora habría generado en los que la tomaban reacciones temerarias y alteraciones capaces de provocar incluso la muerte. Tales efectos justificarían y caracterizarían la naturaleza particularmente violenta del loa que es honrado con el rito Petro.

Si en el rito Rada encontramos los conceptos de respeto, de protección y de custodia, por lo que se le atribuye una cierta tolerancia incluso en el castigo de quien se sustrae a los compromisos, en el rito Petro, en cambio, la antigua rabia y la sed de venganza del esclavo encuentran el elemento desencadenante en el cual se manifiesta toda la agresividad mal reprimida, típica de quien ha su-

tante. Los diversos pasajes a través de los cuales se desarrolla la compleja liturgia son esenciales para alcanzar la máxima cima, el orgasmo sublime y divino que para los fieles del vudú está representado por la posesión.

El hombre no sólo adora y honra a sus dioses renovando y consolidando los vínculos ancestrales establecidos, sino que traspasa el umbral físico para adentrarse en otra dimensión, en el punto de encuentro con los loa, y su naturaleza física puede acceder a la emoción más turbadora: el trance.

En el vudú, el trance es un privilegio y un honor. Despojando de su identidad, el hombre entra en la esfera de aquel dios temido y controlado, en la cual no existe la distinción entre el bien y el mal, entre lo humano y lo trascendente, en cuanto que el loa reúne en sí ambos aspectos.

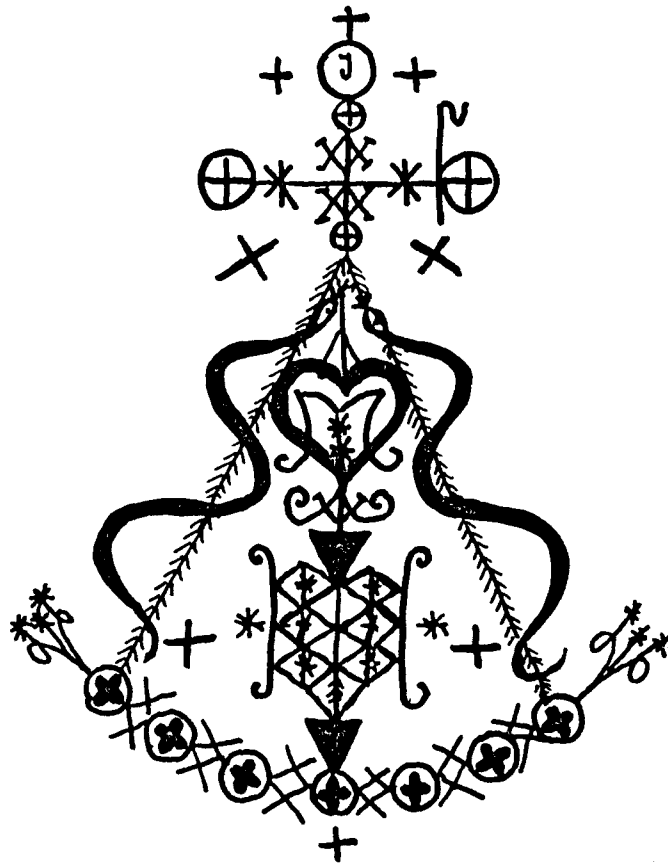
El inicio del trance místico suele ir precedido de temblores, convulsiones y una gama de síntomas nerviosos de particular violencia: el poseído sólo puede calmarse cuando es totalmente dominado por el espíritu. Éste, como «divino caballero», después de haber domado su caballo, lo montará.

«A grandes caballeros, grandes caballos». Cuanto más importante sea la divinidad, más digno será el caballo escogido. Ser cabalgado significa asumir el comportamiento y el lenguaje del loa, abandonar la propia personalidad y asumir la de la divinidad, que a través de la posesión podrá aconsejar, hacer profecías, exhortar e incluso acusar y amenazar.

Según el vudú africano, el poseído incorpora siempre la misma entidad por la cual ha sido escogido, y en todas las circunstancias en que tenga lugar el trance, siempre intervendrá el mismo loa. En Haití, varias divinidades se pueden suceder cabalgando a un mismo fiel, incluso en el transcurso de una misma ceremonia. Aquí el «medio» no parece estar ligado exclusivamente a un dios, como en África, sino predispuesto por sus cualidades intrínsecas y por la voluntad de lo trascendente a prestar su cuerpo físico al loa que en un momento determinado desee manifestarse.

¿Simulación? ¿Ilusión voluntaria? Es extremadamente delicado

vada y del gobierno se han dirigido a crear infraestructuras adecuadas para acoger un turismo sofisticado, y para favorecerlo se intenta satisfacer todo tipo de exigencias, no dudando en comercializar el vudú junto con las playas y el sol. En el Peristyle de Puerto



Vevé esquemático de la cosmogonía animista y de todos los secretos de la iniciación, que aparecen en forma de símbolos

acusada de superstición, la respuesta suele ser más o menos la misma, aunque las motivaciones puedan ser diferentes: desconfianza, temor a ser tachado de subdesarrollado, una palabra que a menudo ellos asocian a su condición de indigente.

Denominador común en uno y otro caso es el miedo al ridículo o a ser asimilados a esa religión de la que se ha hablado tanto, y de la que se han aclarado pocas cosas, hasta el punto de que la atmósfera misteriosa, llena de ritos sombríos, de oscuros personajes sanguinarios, ha crecido hasta convertirse en una leyenda equívoca y siniestra que raya en los límites de la credibilidad.

Un análisis más cuidadoso nos descubre cómo detrás de esa sonrisa enigmática ni siquiera la persona mejor considerada de la alta sociedad haitiana no desdeña consultar al hungan y a la mambo; aunque discretamente, por supuesto. Abrazar los cultos cristianos a menudo se interpreta como un signo de emancipación social, una actitud que se luce con el traje de los domingos. Pero en la simple cabaña donde la imagen de un santo ocupa un lugar destacado, se respira la presencia de los loa, y en los cementerios, última morada donde la simulación es inútil y donde la duda del «después» es lo más verdadero y sentido, no es raro ver sobre la tumba el cilindro negro y la cruz de Baron Samedi junto a la cruz cristiana...

Después, al caer la cálida noche tropical atractiva y voluptuosa, es fácil oír vibrar en el aire el redoble de los tambores. No se distingue si están cerca o lejos, pero se sabe que es el vudú que convoca a celebrar sus misterios. En aquel momento, de repente, Haití ya no es la isla de los hoteles californianos, la hermana pobre de Florida, sino un trozo palpitante de aquella África que todavía palpita.

Dioses antiguos para países nuevos

Hacer en nuestros días un análisis comparado entre el vudú haitiano y el de los orígenes, es decir, el de Dahomey, sería fácil si esta religión tuviera un carácter divulgativo o si desarrollase un apostolado. Pero como es una religión iniciática y cerrada, para buscar los puntos de contacto o las eventuales modificaciones hay que basarse en

gros y mulatos, categoría ésta última difícilmente situable, era cada día más problemática.

No obstante, es indudable que el esclavo pobre, humillado y duramente reprimido no habría podido encontrar la fuerza para organizarse, soportar una larga y sangrienta lucha, unirse más allá de las diferencias étnicas, tribales y lingüísticas, y superar los odios ancestrales, si no hubiese tenido un soporte común sobre el cual establecer una revuelta tan difícil, que en un principio parecía estar abocada al fracaso.

El vudú en su faceta de religión era el vínculo que unía a los esclavos. La magia era la fuerza sobrenatural que les podía dar confianza, seguridad, la conciencia de aquella ayuda tan irracional como segura que constituía su única riqueza, y también el único escudo contra un enemigo fuerte y bien organizado. La mambo y el hungan han desempeñado un papel importante al infundir coraje, al incitar a los revolucionarios prometiéndoles invulnerabilidad e inmortalidad junto a los grandes loa, así como el retorno a la «Tierra Guinea» junto a los antepasados, premio supremo para los caídos por la libertad.

Los loa, cuyos inmensos poderes se suscitaban a través del rito mágico, han evocado siempre la idea de fuerza y poder. Por eso la tradición popular ha visto estrechas relaciones con el vudú en los principales personajes de la historia de Haití, aunque en algunos casos la hipótesis parecería muy dudosa, como respecto a Toussaint-Louverture o a Dessalines.

Soulouque fue pintado como emperador sostenido por un mundo de zombis y prodigios. Antoine Simon, que llegó al poder en el año 1908, era brujo y su hija Celestine una experta mambo dedicada a los sacrificios humanos.

François Duvalier, más conocido como Papa Doc, fallecido en 1971, obtuvo fuerza y apoyo para su poder dictatorial gracias a los tontons macutes (*), pero también gracias a particulares ritos vudúes en los que fue iniciado.

(*) Tontons macutes, literalmente «los tíos del saco». Cuerpo de policía especialmente fiel al régimen.

hombres unidos por la misma condición de esclavos, hermanados por el color de la piel y sobre todo por el común denominador de sus religiones, a pesar de algunas diferencias.

El trágico, inhumano y alucinante viaje a través del océano no sólo transportó una carga humana amontonada, desconcertada y aniquilada por la desesperación. En las naves negreras que se dirigían al Nuevo Mundo, junto con los esclavos también se embarcó el vudú, fuerza misteriosa de contornos impenetrables, de tonos cálidos y violentos como las selvas y los desiertos de África, la tierra de sus orígenes.

En las plantaciones de caña de azúcar y de algodón, o en las ricas moradas de los nuevos colonos, el vudú fue durante siglos el único vínculo capaz de unir a los esclavos, más separados que nunca de sus familiares y de sus tribus, y que con el paso de los años habían adoptado nuevas formas de vida y nuevas lenguas. Si la tierra Guinée, como los negros de las Américas llamaban a África, ha permanecido en sus sueños a través del tiempo, si ha continuado siendo la patria ideal, la tierra de los antepasados sagrados y el lugar adonde un día volverían, ello se debe al vudú, a los terribles y a la vez caritativos loa, que a través de los ritos que oficiaban podían mantener vivas las tradiciones de los orígenes y el recuerdo de sus antepasados.

La fuerza mágica y misteriosa de una religión a veces puede ser, por sí sola, el elemento desencadenante de un milagro. Si la fe incondicional e irracional se introduce como único elemento de esperanza en un contexto del que se excluye toda esperanza, se convierte en un componente vital y esencial capaz de conducir a la renuncia o al misticismo. Cuando una creencia conduce a la rebelión, la revuelta puede contener una verdadera carga explosiva que haga al hombre capaz de realizar las empresas más arduas.

Como movimiento religioso, el vudú también ha formado parte de acontecimientos históricos de gran trascendencia, y en Haití ha desempeñado un papel importante en la subversión de un cuadro político y social muy firme y consolidado en la época de la dominación francesa.

Impulsados por las guerras de religión y por las cuantiosas ganancias que proporcionaba el floreciente comercio de esclavos, los árabes se decidieron a contactar con el mundo negro, organizando y desarrollando cada vez mejores itinerarios de caravanas a través del desierto.

Tombuctú, Gao, Agades, no sólo fueron ricas e importantes ciudades, sino también centros de distribución que actuaban como puntos de encuentro de las caravanas cargadas de tejidos, perfumes y otros objetos procedentes de los puertos del Mediterráneo y dirigidos hacia el África negra, que a su vez exportaba marfil, hierro, cobre, oro y especias diversas. En estos mercados se introdujo una nueva mercancía: el hombre. A cambio de unos doce esclavos se podía comprar un caballo.

La compraventa y la especulación con seres humanos que organizaron los árabes, o sea, las razias, presentaron la cara más siniestra de la triste situación del hombre que está privado de su libertad y vinculado de manera absoluta a la voluntad de otro hombre.

Efectivamente, si en el seno de los diversos clanes, reinos o imperios centrales del África negra la vida de los esclavos tenía todavía una apariencia de humanidad, las razias terminaron por degradar completamente al hombre, conculcando el derecho primordial que les quedaba como único bien: la familia y los vínculos afectivos.

El hombre, que ya no era más que una mercancía, sólo se definía como un medio productivo de bajo coste, a menudo menos valorado que un animal, y en todo caso siempre situado en el mismo plano que un objeto cualquiera.

No obstante, a esta primera fase de comercio organizado por los árabes siguió una segunda, a manos de los europeos, de alcance muy superior y que llegó cotas mucho más despiadadas.

En 1503 se inició el tráfico que pasará a la historia con el triste nombre de «trata de esclavos». Siniestras naves cargadas de mano de obra negra abandonaron las costas africanas para dirigirse a las tierras recién descubiertas por Cristóbal Colón. Si por una parte el comprador de esclavos blanco era codicioso y despiadado, también es cierto que a menudo no era menos ávido el vendedor, dispuesto

A partir de estos ritos se observa cuán difícil es establecer las fronteras entre magia y religión; no obstante, si en un caso se intenta obtener la satisfacción de las propias demandas mediante ofrendas y adoración, en el otro es con la fuerza del rito que se intenta imponer los propios deseos.

En todo caso, vemos como el hombre siempre intenta suplir sus propios límites implicando fuerzas trascendentales y misteriosas, ya sea invocándolas, ya sea intentando forzarlas, llegando incluso a servirse de ellas para fines utilitarios.

que asumen son parecidos a órdenes, y su transgresión conlleva un único castigo: la pena de muerte.

Generalmente, esta ceremonia se desarrolla en la casa del marido, donde las mujeres, arrodilladas ante el recipiente que contiene la bebida sagrada, escuchan atentas las palabras del sacerdote, quien llamándolas solemnemente por su nombre da inicio al rito: «Mujer, incluso el dios ha entendido tu nombre, escucha ahora las prohibiciones y obligaciones que exige tu marido:

»Si lo deseas, podrás abandonar a tu esposo, pero mientras vivas en su casa deberás serle fiel, en caso contrario el dios te matará.

»Si eres fiel no debes temer los castigos del vudú.

»Si quieres abandonar a tu marido no intentes llevar a los hijos contigo; en caso contrario, el dios te matará.

»Si un hombre te invita a abandonar a tu marido, si te dice cosas obscenas, si intenta tocarte de manera indecente o poco correcta y tú no se lo dices a tu marido, el dios te matará. Pero si se lo explicas todo a tu marido, no debes temer nada.

»Si un hombre hace gestos obscenos en tu presencia, debes retirar de él tu mirada e invocar sobre él las maldiciones del dios.

»La cólera del dios caerá sobre ti si intentas apoderarte de fragmentos de uñas, mechones de cabellos, orina, esputos, trozos de tela del traje o del jergón de tu marido para confeccionar gri-gri. El dios te matará si preparas para tu marido un alimento que le sea perjudicial, con el fin de provocar su muerte, o si lo preparas con alimentos robados con objeto de implicarlo en un robo o en un asunto sucio.

»Si tomas parte en complots en contra de tu marido o de cualquier miembro de su familia, si te haces bruja e intentas encantarlos, el dios te matará.

»Tus pensamientos negativos contra tu marido, su familia y sus hijos serán castigados.

»No puedes entrar en la habitación de tu marido cuando estás indispuesta, en este período es una grave culpa esconder tu estado a tu marido y tocar los objetos, contaminándolos con tu impureza y exponiendo así a tu marido a los riesgos de enfermedades mortales.

En épocas pasadas se usaba en algunos casos el casquete de una calavera humana, por regla general perteneciente a un guerrero enemigo muerto violentamente en un encuentro armado, o a un condenado a muerte. Este macabro contenedor de la poción mística constituía una especie de amonestación para los pactantes, los cuales debían tener siempre bien presente el castigo y la pena reservados a los traidores.

Los repugnantes ingredientes que a veces se mezclaban y se añadían a la sangre de los adeptos, además de tener un valor simbólico muy preciso ligado al objeto o al líquido, ponían a prueba el coraje, la fuerza y la temeridad que serían indispensables para llevar a cabo el juramento.

Este rito también preveía el ofrecimiento de un animal, que era degollado y se recogía su sangre. El animal se seleccionaba según el simbolismo secreto relativo al mismo.

El cerdo, por ejemplo, que raramente levanta los ojos al cielo, preocupado como está en ocuparse de su alimento, se asocia al concepto de discreción. El ánade, menos ruidoso que sus compañeros de corral, recuerda el silencio y el secreto. La paloma de plumaje cuidado y limpio se erige en símbolo de la honestidad.

Como nada ni nadie puede perjudicar al inocente, y sólo los malvados han de tener miedo, a veces se utilizaban también fragmentos de plantas venenosas. En estos casos, la fe de los conjurados nos recuerda las pruebas del fuego o del agua, que eran conocidas y practicadas en el medievo europeo.

La bebida sagrada, al ser precisamente una bebida, debía componerse de elementos líquidos; no obstante, podía o puede incluso contener objetos sólidos, como dientes o garras de fieras, calaveras de serpientes, hojas de decerema (planta litúrgica usada para la purificación de objetos y personas), nueces de cola o copos de algodón. Todos estos objetos a cada vuelta se chupan y se devuelven otra vez al líquido que comparten los adeptos.

El valor simbólico que se otorga a los blancos copos de algodón impregnado de la mística poción, chupado y remojado, es a la vez doble y antagónico, en cuanto sirve de amonestación y advertencia

tosa por los ingredientes que la componen, que a veces son simplemente repugnantes y otras veces repulsivos y abominables.

Cuando el hombre primitivo que vivía de la caza quería establecer una alianza con el compañero de caza, bastaba repetir el simple rito que Aziza había intercambiado con Gbéto: beber algunas gotas de sangre del compañero por una pequeña incisión en la mano.

Todavía era la época de una civilización primitiva en la que los hombres se peleaban con las fieras para satisfacer su necesidad primordial de alimento, y su pacto se basaba en ofrecerse lealtad y ayuda mutuas frente a los peligros de la selva. Pero cuando los primeros núcleos de población se transformaron en tribus, surgieron nuevas exigencias, la lucha ya no fue de hombre contra fiera, sino de hombre contra hombre, de un clan contra otro clan, y empezó a aparecer el fantasma de la traición.

La traición sólo podía ser reprimida por el temor, por la presencia arbitral de lo sagrado y de lo mágico. El primitivo y simple juramento se transformó en un ritual más complejo, que ya no se basaba en un simple intercambio de sangre entre individuos para confirmar una prueba de lealtad, sino en una ceremonia que ponía un acento particular en la venganza que castigaría la infidelidad. Venganza tanto más terrible cuanto que sería el mismo dios quien la ejecutaría.

Los hombres que querían realizar este pacto sagrado debían «beber», «absorber» la divinidad que presidía el rito y que de manera mágica estaba presente en la mezcla de la sangre. Así se recuperaba la exigencia instintiva del hombre que, siguiendo impulsos más o menos místicos, más o menos violentos, encontramos en muchas creencias y que también explicaría la expresión del «cannibalismo sagrado» a través del cual el hombre intenta desarrollar, poseer y hacer suyas fuerzas o atributos superiores. Actitud que expresa también un particular aspecto del amor entendido en su forma más posesiva, el cual, para retener el objeto de sus propios sentimientos, tiende a asumirlo por completo ingiriéndolo de forma mística y sagrada.

Se puede decir que, en la mayoría de las religiones, los ritos, las costumbres y las creencias relacionadas con la sangre se basan en el principio de reconocer en este fluido la sede y el vehículo de la vida, y una estrecha conexión con los contenidos espirituales del ser humano. Este es un concepto que se perpetúa unívocamente en el tiempo a través de tradiciones ancestrales, y se encuentra en las civilizaciones más diversas y en pueblos alejados entre sí, y que a través del paso de los siglos ha mantenido hasta hoy en el lenguaje de la gente expresiones corrientes en las que la sangre es entendida simbólicamente como sede de la vida y de los mismos sentimientos.

Expresiones normales como: «sentirlo en la sangre», referido a un presentimiento vivo e insistente, o «sentirse hervir la sangre de ira» o «helarse la sangre» de angustia o de miedo, para explicar determinados estados de ánimo, son herencia de este concepto de simbiosis entre sangre y expresión de vida y ser, en los que el hombre siempre se ha reconocido.

La idea de que la sangre aporta y conserva las energías vitales aparece incluso en los mitos más remotos. Homero nos confirma la presencia de esta idea en el mundo helénico, cuando nos ofrece la sugestiva imagen del alma que abandona el cuerpo del guerrero caído, al brotar la sangre de la herida mortal, y cuando define la sangre como elemento vivificante en cuanto que la sangre de la víctima sacrificada se usa para restituir la vitalidad a las sombras que habitan el mundo de los muertos.

La sangre, expresión primera y tangible de la vida en todos sus aspectos, aparece en todas las creencias, desde la religión babilónica, en la que el misterioso dios Marduk, hijo de Ea, crea la humanidad a partir de la sangre de Kingu; pasando por el Corán, donde leemos que Dios ha creado al hombre de un grumo de sangre, hasta llegar al cristianismo, con Cristo que rescata a la humanidad del pecado vertiendo su sangre y en que esa preciosísima sangre se convierte en objeto de culto.

A partir de una continua recuperación de esta sugestiva imagen, la sangre asume la función de símbolo sintético, completo, de